

SERVICIO
SECRETO

SS

LA MUERTE INSACIABLE

Lou Carrigan



Cierto que días atrás se había jugado su duro pellejo, pero eso ya casi estaba olvidado. Ahora le tocaba disfrutar de la vida, que para eso había logrado conservarla. Y, aunque ciertamente, hay muchos modos de disfrutar de la vida, Barry Shelly había decidido ya desde los doce años cuál era el modo que más le complacía.

¿Cuál? Es una adivinanza fácil: las chicas. En especial, las morenas de grandes ojos y senos muy muy muy desarrollados. Esto era una preferencia reciente, y tenía su justificación: durante años y años, Barry Shelly había tenido relaciones básicamente con chicas británicas, que si bien ofrecen una variada gama de posibilidades, solía destacar por la escasez de abundancia pectoral, y la mayoría eran rubias, o, todo lo más, pelirrojas.



Lou Carrigan

La muerte insaciable

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1503

ePub r1.0

Lds 16.01.19

Título original: *La muerte insaciable*

Lou Carrigan, 1979

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Barry Shelly se las prometía muy felices.

Y con razón.

Cierto que días atrás se había jugado su duro pellejo, pero eso ya casi estaba olvidado. Ahora le tocaba disfrutar de la vida, que para eso había logrado conservarla. Y, aunque ciertamente, hay muchos modos de disfrutar de la vida, Barry Shelly había decidido ya desde los doce años cuál era el modo que más le complacía.

¿Cuál? Es una adivinanza fácil: las chicas. En especial, las morenas de grandes ojos y senos muy muy muy desarrollados. Esto era una preferencia reciente, y tenía su justificación: durante años y años, Barry Shelly había tenido relaciones básicamente con chicas británicas, que si bien ofrecen una variada gama de posibilidades, solía destacar por la escasez de abundancia pectoral, y la mayoría eran rubias, o, todo lo más, pelirrojas.

De modo que, en cuanto Barry terminó su último trabajo, y se encontró en Italia, y con el bolsillo lleno de liras a rebosar, se dijo:

«Me voy a buscar una italiana de cabellos negros, ojos negros, y que tenga dos tetas más grandes que una vaca».

Y allá estaba Barry con su conquista. Se llamaba Lucía, era italiana, tenía negros los cabellos y los ojos, y aunque no se podía decir que en tamaño pectoral fuese como una vaca, la verdad era que tenía suficiente para satisfacer con holgura las exigencias eróticas de Barry Shelly.

Pero no nos engañemos. Aunque Lucía era bonita, simpática, cariñosa, reidora y complaciente, no era, en modo alguno, miembro de la nobleza italiana. Era una puta. Shelly la había encontrado merodeando por el encantador embarcadero de Portofino, lugar donde él había decidido pegarse la gran vida hasta que llegase el

siguiente trabajo; para ello, había alquilado un apartamento y una lancha, y allá estaba, tan ricamente, saboreando el mar, el sol, la buena vida, las comidas pantagruélicas, las canciones a la luz de la luna... Y además, había aparecido Lucía. Nada más ver sus pechos, Barry se dijo:

«¡Ésta! ¡A ésta me la tiro yo aunque tenga que raptarla!».

Pero no hizo falta que esta vez corriese riesgo alguno. Lucía resultó de lo más asequible. A fin de cuentas, ése era su negocio: ser asequible a los hombres. Incluso una vez, todo hay que decirlo, se había encaprichado de ella una mujer, una alemana más delgada que un silbido, y con menos pecho que una cerilla, y que había acudido de vacaciones a Portofino, el celeberrimo lugar de vacaciones en la costa italiana...

La alemana estaba casada, pero eso no tuvo la menor importancia. Al contrario, resultó que el marido, que era un tipo de lo más simpático, colaboró en el contacto de las dos mujeres, la suya y la ramera. Cuando Lucía vio la cantidad de billetes que el hombre le ofrecía mientras señalaba a su escuálida esposa, sentada en un rincón del delicioso club construido sobre un promontorio rocoso cerca de la playa, dijo que sí a todo. Hizo muy bien en decir que lo aceptaría todo, porque tuvo que hacerlo. Aquella noche, no sólo estuvo a las caprichosas órdenes de una lesbiana esquelética, sino que, como colofón que a fin de cuentas resultó satisfactorio, el marido cargó contra ella también, y se portó como todo un caballero. Es decir, como todo un hombre dándole juego a una mujer. Y mientras tanto, su esposa, que había quedado altamente complacida de los servicios lésbicos de Lucía, yacía derrengada en la alfombra... ¡Y es que hay gente para todo, de veras!

Pero Barry Shelly no sabía de esto, porque Lucía era una puta, sí, pero discretísima. Era un pozo sin fondo al que iban a parar muchos, muchísimos secretos. Así que Barry no sabía nada de nada sobre Lucía, salvo lo que le interesaba: ojos y cabellos negros, carnes blancas y prietas, y un buen par de torpedos en la proa. Con esto, él tenía más que suficiente. ¡Vaya que sí!

Bien, a lo que íbamos... Barry se las prometía muy felices aquella noche; después de haber invitado a Lucía a cenar y a dar un paseo en su lancha alquilada, le propuso ir a su apartamento, y ella, mirándole con aquellos ojos grandiosos, dijo que sí, que encantada.

Y lo dijo con tal dulzura, con tal mimo y gracia, que Barry estuvo tentado de poseerla allí mismo, en la lancha. Pero no. ¡Nada de precipitaciones! Las cosas había que gozarlas con calma y experiencia, y además, Lucía no era mujer que fuese fácil de gozar en una lancha, ni ella merecía eso. Merecía más. ¡Merecía toda una noche de dale que te pego...!

Así que, ¡al apartamento!

Era un apartamento pequeño, pero con una bonita terraza desde la que se veía el puerto atestado de yates. Y la luna. Y llegaba la brisa del mar. Y Barry Shelly, que era un golfo veterano y refinado, tenía champaña en el refrigerador... Sólo de pensar en la noche que le esperaba, la boca se le hacía agua a Barry mientras empujaba la puerta de su apartamento y conseguía decir:

—Pasa, encanto, pasa.

No habían tenido problemas de comunicación, porque, además de que, como buena puta, Lucía farfullaba algo de inglés, resultaba que Barry hablaba el italiano casi a la perfección. A eso le debía su actual fortuna, precisamente; si no hubiese hablado italiano, no habría sido aceptado en el grupo que... Ésa era otra cuestión. Barry no quería acordarse de nada. Sólo quería pensar en Lucía.

La cual, ya dentro del apartamento, dijo:

—Oh, esto está muy bonito... ¡Me gusta!

—Me alegro, porque aquí vamos a pasar la luna de miel —rió maliciosamente Barry—. ¿Quieres champaña?

—¡Oh, sí!

—Vale, gorda. Voy a buscarlo a la cocina. Mientras tanto, ve al dormitorio y ponte desnuda y en posición.

—¿Ya? ¿Por qué tanta prisa?

—Es que si lanzo la primera ráfaga enseguida, luego me encuentro más en forma para tomarme las cosas con calma y recochineo... ¿Comprendes?

—Me parece que sí —rió Lucía—. ¡Primero echas uno rápido, y luego aguantas mejor el combate!

—Eres una chica lista —asintió Barry—. ¡Déjame que te desnude yo!

—¿Aquí?

—¡Aquí mismo! ¡Así te veré caminar para ir al dormitorio! ¡Me gusta ver caminar un culo como el tuyo!

Visto y no visto. Lucía quedó desnuda completamente, mostrando sus todavía prietas abundancias carnales. A Barry se le salían los ojos de las órbitas viendo los increíbles senos blancos, fenomenales, enormes, rematados por pezones del tamaño de dátiles. ¡Menuda noche le esperaba...!

Comenzó a manosear y babosear los pechos de Lucía, pero la apartó bruscamente, y casi aulló:

—¡Ve a esperarme a la cama! ¡Y ve corriendo, que yo vea cómo te brinca todo!

Todo lo de Lucía brincó cuando trotó hacia el corto pasillo que conducía a los dos diminutos dormitorios y el cuarto de baño. Barry soltó un resoplido, y corrió hacia la cocina. Sacó del frigorífico la botella de champaña, y se lanzó al galope en pos de la bella Lucía.

La encontró todavía en el umbral de uno de los dormitorios, de espaldas a él, mirando el interior de la habitación, cuya luz había encendido. Barry llegó tras ella, y le puso la botella fría de champaña en la espalda, exigiendo:

—¡Venga, ponte en la cama con las piernas...!

Lucía, que había respingado el notar el frío contacto en la espalda, se volvió hacia él. Y casi al mismo tiempo que Barry veía el gesto de desconcierto en el rostro de Lucía, vio tras ésta, tendida en la cama, a la muchacha rubia, la cual, al verse mirada por él, alzó una manita y saludó, amablemente:

—Hola, Barry.

Barry Shelly tuvo solamente dos segundos de pasmo. Luego, gruñó:

—¿Quién es usted? ¿Qué demonios hace aquí?

—Llámeme Alice. A él puede llamarlo Elvis.

Barry no entendió esto. ¿A él? ¿A quién se refería? La rubia, aunque para su gusto tenía unos pechos diminutos, era preciosa, preciosa, preciosa... Pero no la conocía. Y a *él*, menos. ¿Quién podía ser *él*...?

De pronto, Barry tuvo que comprender. No sólo por sí mismo, sino porque vislumbró el asustado rostro de Lucía, que miraba hacia el pasillo. Muy despacio, Barry Shelly se volvió. Vio al hombre, y la pistola con silenciador que empuñaba.

Era un sujeto... escalofriante. Sí, escalofriante. Medía más de metro ochenta, era delgado, de líneas planas, pero bastaba ver la

anchura de sus hombros de atleta bien desarrollado para no llamarse a engaño sobre sus posibilidades físicas. Vestía pantalones blancos y jersey negro de hilo, de cuello abierto y manga corta. Estaba muy bronceado, hasta el punto de que su rostro parecía del mismo color que sus cabellos cobrizos... Y en su rostro seco, anguloso, de barbilla agresiva, boca fina, nariz aguileña, los ojos más negros, inteligentes, duros y fríos que Barry Shelly, aventurero eterno, había visto jamás.

—¿Lleva encima alguna arma? —preguntó en inglés el llamado Elvis.

Barry se pasó la lengua por los labios, y movió negativamente la cabeza, mientras conseguía preguntar:

—¿Qué buscan ustedes, qué quieren de mí?

—Vengan hacia la salita —ordenó el impresionante sujeto de los ojos negros y perfil de águila.

No hacía aspavientos, ni gestos truculentos u ostensibles mostrando la pistola amenazadoramente. En cada uno de sus sobrios gestos, Barry comprendió que el hombre se consideraba dueño de la situación sin problema ni dificultad alguno. Y por el momento así podía considerarse, ya que, en efecto, Barry estaba desarmado. Había dejado su pistola en el dormitorio, y seguramente la habían encontrado ya. En cuanto a su «juguete» secreto, no parecía que fuese a resultar fácil llegar hasta él. Pero si llegaba...

Ya en la salita, Elvis señaló el sofá, y no hizo falta más. Lucía y Barry fueron a sentarse allí. La rubia apareció también en la salita, llevando en una mano la pistola de Barry, y en la otra lo que parecía un maletín de viaje, de color negro, Barry la miró de arriba abajo. Era más que preciosa: era bella y elegante, y sus ropas eran de la mejor calidad y buen gusto. Tenía los ojos verdes, y los cabellos tan rubios como el mismísimo sol. Sobre sus zapatos de alto tacón, parecía una reina. A su lado, Lucía se había convertido en una vieja vaca rebosante de ubres.

—¿Te gusta la chica, mi amor? —preguntó la rubia Alice.

Elvis miró a Lucía, impasible.

—Demasiada carne para mí —dijo.

—Eso pensé —Alice volvió a mirar a Lucía—. Vístase y márchese.

Lucía lanzó una exclamación y, desde luego, no se hizo repetir la

orden; se abalanzó hacia donde había dejado sus ropas, se las puso a toda prisa, mirando de cuando en cuando las pistolas que empuñaban Elvis y Alice, y, en cuanto hubo terminado, corrió hacia la puerta, satisfechísima de escapar de aquella situación.

No habría salido tan alegremente si hubiese podido ver lo que hizo Alice en cuanto la puerta se cerró tras ella: sacar una pequeña radio de su escote, apretar un botón, y decir, simplemente:

—La chica gorda está saliendo: háganse cargo de ella.

Ni siquiera esperó respuesta. Fue a sentarse en un sillón, se quedó mirando con sonriente curiosidad a Barry Shelly, y dijo:

—A partir de ahora, vamos a tomarnos el asunto en serio. ¿Le parece bien?

—¿Qué asunto? —murmuró Shelly.

—Elvis y yo sabemos que usted tomó parte, hace cinco días, en el secuestro del diplomático italiano Luigi Sormani. La acción se llevó a cabo en el aeropuerto Leonardo de Vinci, y fue un éxito..., salvo por un detalle: usted fue identificado como uno de los componentes del comando secuestrador de Luigi Sormani.

—No sé de qué está hablando.

—No sea estúpido. Desde hace un par de meses alguien está dirigiendo el secuestro de diversos diplomáticos y militares de varios países europeos. Hasta el momento, han secuestrado ya a un general alemán, dos diplomáticos de alto nivel belgas, un cónsul británico, un diplomático francés..., y algunos personajes más. El último fue el diplomático italiano Luigi Sormani, hace cinco días. Y sólo esta última vez se consiguió una pista: usted. No ha sido fácil localizarle, Shelly, pero puesto que lo hemos hecho, le recomiendo que se comporte de modo inteligente.

—¿Quiénes son ustedes?

—Elvis y Alice —sonrió la rubia—. Una pareja de británicos. Como usted.

—Ustedes no son británicos —gruñó Shelly—: son americanos.

—Quizá. Pero ése no es el tema de la entrevista...

—¿Son de la CIA?

—No. Somos de la Vigilancia Universal.

—¿La qué?

—La Vigilancia Universal. ¿No ha oído nunca hablar de la Wwww?

—Claro que no —gruñó de nuevo Shelly.

—Pues ya no puede decir lo mismo. La Watch Wide World, o sea, la Www, tal como acabo de indicarle, es una organización que, como su nombre indica, se dedica a la vigilancia universal... de delitos importantes. Y los castiga.

—¿Me está tomando el pelo?

—No. Estoy hablando muy en serio. Desde el primer momento, la Www se interesó por el asunto de los secuestros. Es decir, no desde el primer momento, sino desde el segundo secuestro. Cuando se llevó a cabo el primero, pensamos en un hecho aislado, y aunque nos llamó la atención, permanecemos a la expectativa. Cuando se llevó a cabo el segundo secuestro, ya si nos interesamos de lleno, porque percibimos claramente que toda la acción había sido tan bien planeada y llevada a cabo como en el anterior. Comprendimos que todo era obra de la misma persona... Me refiero al director del asunto, no a los directamente participantes en el secuestro. ¿Participó usted en los anteriores secuestros?

—Ya le he dicho que no sé de qué habla.

—Señor Shelly, hace cinco días usted fue identificado por uno de nuestros... empleados de la Www en Fiumicino, en el aeropuerto Leonardo, como ya le he dicho. Tenemos un personal muy capacitado, y que conoce... digamos a la flor y nata de los aventureros de Europa. De modo que usted fue identificado, e inmediatamente la Www dio la orden de que fuese localizado. Eso, como usted ve, se ha conseguido. Y Elvis y yo estamos aquí para obtener fruto del esfuerzo de rastreo realizado por nuestros compañeros de la Www. Queremos saber si participó usted en los anteriores secuestros programados por esa persona tan hábil que los dirige; queremos saber quién es esa persona; queremos saber los nombres de los compañeros de usted en el secuestro del aeropuerto romano o de cualquier otro; queremos saber dónde están los diplomáticos y militares que fueron secuestrados; queremos saber qué pretenden ustedes con esto... Y seguramente, cuando usted empiece a hablar, querremos saber muchas más cosas. ¿De acuerdo?

—No les diré nada.

El rostro de Elvis no se alteró, pero en el de Alice apareció un gesto de simpática sorpresa.

—Vamos, vamos, señor Shelly... ¿Cree que está tratando con

angelitos? Mire, usted ha llegado aquí esta noche dispuesto a pasarlo muy bien con esa chica de los grandes senos, ¿no es cierto? Le diré lo que pienso al respecto: si usted colabora, es posible que en otra ocasión pueda conquistar a esa chica, u otra parecida, puesto que podría volver a ser libre como agradecimiento a su colaboración; pero si usted no nos complace, jamás podría ir con ninguna mujer, por muy libre que estuviese. ¿Lo entiende?

—No —musitó Shelly, palideciendo.

—Ella está tratando de decirle —intervino Elvis— que yo voy a cortarle los testículos.

—Es cierto —sonrió Alice—, pero no sabía cómo decirlo sin recurrir a palabras malsonantes.

—¡Ustedes no harán eso! —jadeó Barry Shelly.

Alice se puso en pie, se acercó a él, y le quitó la botella de champaña, que Barry había tenido en todo momento en las manos, pensando remotamente en utilizarla como arma de ataque. Sus esperanzas se disiparon, pues. Alice miró la etiqueta de la botella, y frunció el ceño.

—Un detalle más que indica su poco gusto, señor Shelly. Le aseguro que hay mejores champañas que éste para ofrecer a una chica que viene dispuesta a ser complaciente.

—Es sólo una puta —masculó Barry.

—Bueno —asintió Alice, comenzando a quitar la protección de alambre de la botella—, pero ella iba a darle algo que usted quería, ¿no es cierto? Eso merece una consideración, aunque le cobrase sus servicios. También se los cobraría un médico, y en cambio no diría usted eso de «es sólo un médico»... ¿O sí lo diría?

Shelly contemplaba estupefacto a la bella, elegante y rubia Alice. ¡Vaya unas comparaciones que hacía!

—Comprendo su sorpresa —continuó Alice—. Y no se trata de que yo pretenda comparar a un médico con una puta, sino que valoro los servicios de ambos. Sólo los servicios. Uno le recetará penicilina o cualquiera de sus derivados, y le pondrá sano; la otra le alquilará su cuerpo, y le proporcionará placer. Yo creo que es más útil el médico, en líneas generales, pero las rameras también prestan un servicio... ¡Caramba, qué fuerte está este corcho! ¿Quieres probar tú, por favor, mi amor? Bueno, espera un poco: iré a la cocina en busca de copas, o al menos, vasos. Vuelvo enseguida.

Dejó la botella en equilibrio sobre el brazo del sillón, y fue en busca de lo mencionado. Regresó con tres copas, que depositó en una mesita baja... Y junto a ellas colocó unas grandes tijeras y un no menos grande cuchillo de cocina, mirando a Elvis.

—Creo que te irá bien cualquiera de estas dos cosas —dijo.

Elvis asintió, se acercó a coger la botella, y quitó el corcho con un solo gesto hábil y poderoso, ante la simpática admiración de Alice. Pero Barry Shelly no estaba para admirar nada: sólo contemplaba, con expresión desorbitada, las tijeras y el cuchillo de cocina.

Cuando miró a Alice, ésta le contemplaba socarronamente, y señalaba las tres copas ya llenas de champaña.

—Tres copas, señor Shelly —dijo con amabilidad encantadora—. ¿Qué prefiere? ¿Que bebamos los tres mientras conversamos civilizadamente..., o que Elvis lo castre a usted como si fuese un gatito revoltoso?

Barry Shelly miró al impenetrable Elvis. Y lo que vio en sus negros ojos le impulsó a tomar su decisión.

—Creo... —Se pasó la lengua por los labios—, creo que prefiero beber champaña.

—Menos mal —suspiró Alice—. ¡La verdad es que nunca me gustó eso de las castraciones!

CAPÍTULO II

Alice dejó la copa sobre la mesita, y miró a Barry.

—Bien, señor Shelly: cuando usted guste.

Barry apuró su copa, y frunció el ceño.

—En realidad, no sé gran cosa... Yo estaba en París cuando me llamó un amigo para proponerme un trabajo. Me dijo que estaba muy bien pagado, pero que, desde luego, había riesgo. Estaba buscando algunos hombres que supiesen hacer bien las cosas, y como nos conocíamos hacía tiempo, sabía que yo era de los buenos...

—¿Quién es ese amigo?

—Se llama Tom Crane... ¿Le conocen?

Elvis y Alice se miraron, y el primero movió negativamente la cabeza. Alice hizo un gesto a Shelly para que prosiguiera.

—Bueno, llegamos a un acuerdo. Me explicó que estaba reclutando gente sobre la base no sólo de que supiesen trabajar bien, sino que hablasen varios idiomas. Yo hablo francés e italiano además de inglés, así que le interesaba...

—Veamos: ¿debemos entender que ha intervenido usted en los secuestros realizados en países donde se habla inglés, francés e italiano?

—Sí... Sí. He intervenido en varios secuestros. Cuando terminamos un trabajo, nos dan unos días de descanso...

—¿Cuántos?

—Bueno, depende... Una vez fueron quince días, pero a la vez siguiente solo fueron tres. No es un período fijo. De pronto, nos llaman, nos dicen a quién tenemos que secuestrar, cómo, cuándo y dónde, nos dan todas las instrucciones, y volvemos a trabajar...

—Un momento —cortó Elvis—. ¿Adónde los llaman?

—Pues al sitio donde estamos —gruñó Barry—. Cuando nos separamos, cada uno dice dónde estará los días de descanso, y cuando está preparado el siguiente golpe, nos llaman por teléfono, o pasan a buscarnos.

—Ahí quería yo ir a parar. Pasan a buscarlos..., ¿para llevarlos a dónde?

—Al lugar donde nos dan todas las instrucciones, nos enseñan fotografías, planos, itinerarios, y nos dan las armas que se haya previsto utilizar, así como los vehículos... Todo eso.

—¿Cuál es ese lugar?

—Es una mansión en la Costa Azul, cerca de Niza, pero no sabría decirles exactamente dónde está. Siempre llegamos allá de noche; todos los del grupo que vaya a actuar somos recogidos en una camioneta en Niza, y nos llevan allá. No sé dónde está exactamente.

—Pero ¿sabría ir a esa mansión desde Niza?

—Creo que sí... Con un coche, y paciencia, acabaría por encontrarla.

—¿Los personajes secuestrados están en esa mansión?

—No lo sé. Yo supongo que sí deben estar en alguna parte de la casa, o quizá en el pabellón que hay a unos doscientos metros, pero no estoy seguro. Nosotros entregamos a la persona o personas secuestradas donde se nos indica, nos separamos, y eso es todo.

Elvis y Alice cambiaron una mirada, y ella dijo:

—No creo que los prisioneros los tengan en esa mansión; seguramente, los tienen en un lugar que ninguno de los hombres contratados conoce.

—Quizá sea así —asintió Elvis—. ¿Qué más, Shelly? Por ejemplo: ¿quién hay en la mansión cercana a Niza?

—Hay varios hombres, y el jorobado.

—¿Quién?

—Un jorobado que me parece que se llama Michelángelo, o algo parecido. No sé más de él.

—Pero... ¿qué hace allí ese jorobado?

—No lo sé. Simplemente, está allí. Toma el sol, nada en la piscina... ¡Maldito sea, es repugnante verle la espalda!

—¿Quién les da a ustedes las instrucciones para cada golpe?

—Eso lo hace alguna vez Tom... Tom Crane, mi amigo. Pero casi siempre se encarga de eso un alemán llamado Wartz... Hermann

Wartz —Alice y Elvis se miraron de nuevo, y él movió otra vez negativamente la cabeza—. Ya veo que no lo conocen. Es un sujeto odioso... Es muy bajito, lleva lentes, jamás toma el sol... A mí siempre me parece que estoy viendo una babosa, cuando le miro. Pero me parece que es más listo que todos nosotros juntos.

—¿Es él quien prepara todos los planes de secuestro?

—No lo sé, pero no me sorprendería en absoluto. Es un lince. Y cuando le mira a uno parece que le esté metiendo los ojos en el cerebro... Pero no sé. No da la impresión de ser él quien manda en todo el conjunto. No sé explicarme... El instruye sobre los planes ya estudiados, pero no da la impresión de que todo sea una decisión suya... No sé explicarme de otra manera.

—Me parece que le entendemos —murmuró Alice—. ¿Para qué quieren a los diplomáticos y militares que secuestran?

—No tengo ni idea. Oigan, les he dicho todo lo que sé, de veras... ¿Qué harán conmigo ahora?

—Lo retiraremos de la circulación.

—¿Quiere decir que van a matarme, de todos modos? —gritó Shelly.

—Ella ha dicho «retirarlo de la circulación» —dijo con tono seco Elvis—. Si hubiese querido decir «matarlo», lo habría dicho.

—Pero son de la CIA, ¿no es cierto?

—Vaya terquedad la suya, señor Shelly —sonrió Alice—. ¿No le hemos dicho ya que somos de la Www?

—¡Eso es una tontería! ¡No existe ninguna organización llamada así!

—Piense lo que quiera. Veamos... ¿Está seguro de que sabría llegar a esa mansión cercana a Niza? —Con paciencia, sí.

—Nosotros tenemos mucha paciencia..., y un coche formidable, que nos llevará a Niza en unas pocas horas. ¿De acuerdo, Shelly? —¿Quieren ir a esa mansión del jorobado?

—¡Qué modo de decirlo...! Parece que esté usted hablando de algo siniestro, de películas de horror y espanto, de monstruos, y cosas así... ¿Acaso el jorobado es un monstruo espeluznante?

Barry Shelly quedó como sorprendido, reflexionando. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No... No es eso. Es sólo que me molesta ver su joroba.

—Pues no la mire. Bien, creo que debemos pensar en ese viaje a

Niza. ¿Estás de acuerdo, mi amor?

Elvis se limitó a asentir con la cabeza. Barry miraba de uno a otra, cada vez más pasmado. Y todavía se pasmó más cuando Alice dijo:

—Pues en marcha.

—¡Cómo, en marcha...! —saltó Shelly—. ¡Son casi las once de la noche, y hay más de doscientos kilómetros de aquí a Niza!

—Un paseo —sonrió Alice—. ¿Tiene algo especial que quiera usted llevar en este viaje, señor Shelly?

—¡No están hablando en serio!

—Le aseguro que sí. ¿Verdad, Elvis?

—Verdad, Alice —asintió Elvis, siempre inmutable.

Barry Shelly hizo el gesto de quien se resigna a las decisiones de un par de locos. Señaló hacia la mesita donde estaba la botella de champaña, y masculló:

—¿Les importa que antes terminemos la botella? Puede que a ustedes no les guste mucho, pero a mí me costó veintidós mil liras esa botella.

—Le engañaron —rió Alice.

De nuevo farfulló algo Shelly. Se puso en pie, agarró la botella, y se dejó caer en el sillón más cercano a la mesita.

Se sirvió champaña hasta el borde, observado socarronamente por Alice, a la cual miró, alzando la copa.

—A su salud.

—A la suya —dijo la rubia—, siempre y cuando no piense utilizar esa botella para algo diferente. Usted me comprende, ¿verdad, señor Shelly?

—No veo qué podría hacer con una botella contra dos pistolas.

—Hay locos que han intentado cosas peores. ¡Si yo le contara la de insensatos que he conocido...!

Barry Shelly quiso demostrar que él no era un insensato, así que dejó la botella en el suelo, junto al sillón, y se dedicó a beber, siempre bajo la atención de los dos pares de ojos, tan diferentes... y tan iguales a la vez. Era como estar bajo la lente de un microscopio, si bien Shelly llegó a la conclusión de que, pese a la estrecha vigilancia a que lo sometían, ni Elvis ni Alice lo estaban tomando verdaderamente en serio. Sí, era como si ellos estuviesen contemplando un gracioso microbio por medio de un microscopio.

Y eso molestó mucho a Shelly. Mucho.
De modo que decidió darles una lección.
Una buena lección.

Se apoyó con fuerza en el respaldo del sillón, apuró el champaña, suspiró, y utilizó la mano derecha para apoyarse en el asiento, como si le costase incorporarse.

—Bueno, creo que ya podemos...

Su mano encontró lo que buscaba, y que, como siempre, había dejado a la mano, por si ocurrían imprevistos. Ya una vez se había encontrado en una situación molesta, y el cuchillo la había resuelto... Sus dedos tomaron el cuchillo, lo encajaron en la palma de la mano, y, todavía hablando, saltó hacia Alice, transformando la frase en un grito de triunfo. Era todo tan fácil, que le parecía que ya lo había conseguido: sólo tenía que colocarse detrás de Alice, rodearle la garganta con el brazo izquierdo, y apoyar la punta del cuchillo en su garganta. Hecho esto, podría controlar a Alice, y a Elvis, que al parecer era «su amor».

El grito de triunfo se truncó cuando Alice, simplemente, se apartó un paso de su trayectoria y girando al mismo tiempo como si su cuerpo fuese una puerta abriéndose. Y mientras uno de sus pies servía de soporte para el giro, el otro se movió a ras de suelo, como si quisiera arrastrar algo.

Y algo arrastró. Lo que encontró el pie de Alice en su trayectoria fue los dos pies de Shelly, barriéndolos, desplazándolos juntos en una perfecta ejecución de la técnica de pierna de judo llamada *de ashi barai*. Los dos pies de Shelly se alzaron, su cabeza descendió, quedó todo el cuerpo a la misma altura por un instante, y acto seguido se desplomó, en tremendo batacazo que hizo resonar su cabeza contra el suelo como si fuese un coco.

El cuchillo escapó de la mano de Shelly, éste consiguió sentarse, sacudió la cabeza, y la imagen de Alice se aclaró ante sus ojos. Una imagen impecable, sonriente, bellísima..., que ocasionó en Shelly un acceso de furia. Saltó de lado hacia donde estaba el cuchillo, lo agarró por la punta, y giró, buscando a Alice mientras echaba el brazo hacia atrás...

Plop.

La bala acertó a Shelly en el centro de la frente, lo empujó hacia atrás de modo que rebotó sobre sus piernas dobladas, y pareció salir

disparado de nuevo hacia delante, para caer de bruces, rebotar, y quedar cara al techo.

Alice estuvo unos segundos mirándolo, entre incrédula y consternada. Luego, miró a Elvis, que guardaba ya su pistola.

—Era un pobre diablo.

—Sí, pero se había enfurecido, y no he querido que corrieses el menor riesgo.

Alice sonrió, se acercó a Elvis, lo besó en los labios, y luego suspiró:

—¡Bueno...! Parece que ya no vamos a tener quien nos lleve a la mansión del jorobado.

—Ya encontraremos algo. Echemos un vistazo.

No encontraron nada digno de interés, salvo un extraño mecanismo en el sillón del cual había tomado Shelly su cuchillo. Había un fino fleje de acero, unos atalajes de cuero para sujetarlo al antebrazo, y un muelle con soporte para el cuchillo, que, cuando el muelle quedaba recogido, permanecía alejado de la muñeca. Elvis se colocó el aparato en el antebrazo izquierdo, con el muelle recogido, y cuando movió la mano hacia dentro, de modo que su base tocó el resorte, el cuchillo salió disparado por el muelle, pasó rozando la palma de la mano de Elvis, y fue a clavarse en un mueble, con blando chasquido.

—Caray —dijo Alice—. ¡Vaya juguete! ¿Te has cortado?

—No. Es un artefacto interesante, desde luego... Si no tienes práctica, el cuchillo sale disparado, pero a medida que vaya adquiriendo práctica, seguro que puedes agarrarlo. Y con la chaqueta puesta, desde luego no se ve nada.

—Bueno, en definitiva el señor Shelly era todo un pájaro de cuenta. Y un bobo. Podríamos dar otra batida por el apartamento, pero será inútil: es de alquiler, y él solamente estaba aquí de vacaciones. Es lógico que no hayamos encontrado nada... ¿Y en sus bolsillos?

Elvis señaló todo lo que había encontrado en los bolsillos de Shelly, y que había colocado en el asiento de un sillón. Alice se acercó, echó un vistazo y se resignó definitivamente.

—Nos quedaremos el dinero —dijo—, pues siempre va bien disponer de moneda nacional. Lo demás, que se lo lleven. ¿De acuerdo, mi amor?

—De acuerdo. Ya nos veremos.

—¿Nos veremos? —se desconcertó Alice.

—Supongo que tú también te irás. Yo me quedaré en este...

—Nos quedaremos los dos. Sé lo que estás pensando, y como la idea me parece buena, la sigo. Realmente, por el momento, no podemos hacer otra cosa. ¿Te parece que llame al servicio de recogida de basuras de la Wwww?

Rió quedamente al ver el fruncido ceño de él, y utilizó la pequeña radio de nuevo para hacer una llamada.

—Hola —dijo una voz de hombre.

—Hola. ¿Y la chica gorda?

—No hay problema. Estará fuera de circulación hasta que nos convenga.

—Bien. Hemos tenido que matar a Shelly; por favor, vengan a recogerlo a una hora adecuada, con discreción. ¿Saben si alguien se ha acercado a su lancha?

—¿A la de Shelly? No, que nosotros sepamos. Sigue en el embarcadero.

—Que sigan vigilándola. Cuando vengan les diré qué es exactamente lo que vamos a hacer con Shelly.

—De acuerdo.

Alice cerró la radio, y sonrió a Elvis, que preguntó:

—¿Qué se te ha ocurrido sobre la lancha y Shelly?

—Estoy segura de que eres perfectamente capaz de adivinarlo. Y hasta se te ocurrirá algo que mejore mi idea. Mientras tanto, puesto que no hemos cenado esperando la llegada de Shelly de un momento a otro, prepararé algo de lo poco que hay en la cocina. Está claro que al pobre señor Shelly no le gustaba comer en casa. ¡Todo un trotamundos!

* * *

El señor Shelly fue retirado de su apartamento hacia las dos y media de la madrugada, por supuesto muy discretamente, por tres hombres. Dos de ellos se encargaron del empaquetado del cadáver, mientras el tercero escuchaba atentamente las instrucciones de Elvis, siguiendo el plan que éste y Alice habían acordado, con el fin de intentar no perder la pista. El hombre escuchaba muy muy

atentamente, porque no quería cometer ningún fallo que pudiese disgustar a Elvis. Ni a Alice, claro. ¡Elvis y Alice! Hacía apenas un año que estaba funcionando la sorprendente organización llamada Watch Wide World, pero ningún empleado de ésta había dejado de escuchar las hazañas de Elvis y Alice, indiscutiblemente los dos mejores elementos de la Www.

—¿Todo entendido? ¿Seguro? —preguntó finalmente Elvis.

—Sí, hombre, seguro... Quiero decir, sí, señor, seguro.

La Www pagaba muy bien, y elegía meticulosamente a sus empleados, hombres y mujeres. Pero tenía unas normas muy estrictas: no había amigos ni parientes dentro de la organización, nadie intimaba con nadie. La única excepción conocida eran, precisamente, Elvis y Alice, que, simplemente, hacían siempre lo que les daba la gana. Lo cual estaba justificado por los resultados que obtenían siempre en sus trabajos. Jamás habían fallado.

—Entonces, eso es todo —gruñó Elvis.

—¿Quieren algún recado especial para Control Central?

—Por ahora, no. Llévense a Shelly, y ocúpense de lo dicho.

—Sí, señor.

Un minuto más tarde, Elvis y Alice quedaban solos en el apartamento de Barry Shelly. Alice apagó la luz, y se acercó a la salida a la terraza. Se quedó mirando la luna, y su reflejo en el mar.

—Qué noche tan hermosa —susurró.

—Y calurosa —oyó tras ella la voz de Elvis.

Se volvió a mirarlo. El tenía razón, hacía mucho calor, pese a la hora. Alice sonrió, y procedió a desvestirse, lentamente. Cuando terminó, tomó las manos de Elvis y las colocó sobre sus hermosos pechos erguidos, turgentes. No eran como los de Lucía, desde luego: eran mucho más hermosos.

—¿Nos duchamos antes o después? —susurró.

Elvis la besó en la boca, y luego, tirando de ella hacia el sofá, susurró a su vez:

—Después... El amor es lo primero de la vida, mi amor.

CAPÍTULO III

El obeso y simpático tendero italiano estaba encantado con la nueva clienta que desde hacía tres días le honraba con sus compras. No era italiana, desde luego, ¡si lo sabría él!, pero hablaba el italiano como si lo fuese. ¡Y era tan bonita, cortés y simpática!

Solía llegar a comprar más bien temprano, lo que decía mucho en su favor: no era perezosa. Compraba queso, fruta, salchichón y vino. Todo de la mejor calidad, desde luego. Y no parecía fácil engañarla. Sobre todo, con las *pizzas*. Era una experta en *pizzas*.

—Es que tengo un amigo italiano que me invita con mucha frecuencia a comer *pizza*, ¿sabe usted? —explicó ella cuando él mostró su admiración por su sabiduría en la elección—. Y fue él quien me dijo que si las *pizzas* no están debidamente preparadas y cocidas vale más olvidarlas... Pero me llevaré dos de éstas.

Lo que sorprendía al tendero era que una dama de tan fina calidad y elegante indumentaria no tuviese servicio doméstico. Claro que si estaba de vacaciones en Portofino no era cosa de ir por ahí llevándose los criados, pero seguro que en su país tenía servicio, seguro.

Aquella mañana era la cuarta que la rubia encantadora acudía a comprar. Jamás preguntaba precios. Simplemente, hacía su elección y su pedido. Luego, mientras el tendero se dedicaba a despacharlo, ella se dedicaba a mirar fuera de la tienda, sonriendo como encantada de la vida.

Sólo que quien estaba realmente encantado, como se ha dicho, era el tendero. ¡Ah, si él fuese más joven, o al menos no estuviese tan antiestéticamente gordo...! Claro que de todos modos no se habría podido hacer demasiadas ilusiones: una chica como aquélla no va sola por el mundo, claro que no. Los hombres no pueden

permitir eso. Así que ella debía estar en Portofino con algún hombre, seguro, seguro.

Pues no.

Con dos.

Con dos hombres. Al menos, a esa conclusión llegó el tendero aquella mañana cuando la clienta se despidió ya efectuada compra, y él, como las demás mañanas, salió a echarle un vistazo por la retaguardia.

Fue entonces cuando vio a los dos hombres que se acercaron a la muchacha rubia, y uno de ellos señaló la bolsa de grueso papel en la que él había colocado los comestibles. A partir de aquí, el tendero se dedicó a sus propias cábalas y conclusiones... que, por cierto, no se aproximaron en absoluto a la realidad. Había que disculparlo, ya que sólo vio; no oyó la conversación entre la encantadora rubia y los dos hombres...

—¿Me permite que le lleve la bolsa, señorita? —preguntó uno de ellos, señalándola. La rubia miró a uno y a otro, esbozó una sonrisita cortés, y rechazó:

—No hace falta, gracias.

—Permítame insistir —dijo el otro—. No estaría bien que dos hombres jóvenes, altos y fuertes dejasen ir cargada a una preciosa muchachita como usted.

—Sí —dijo el otro—. Exacto. Además, eso será un buen pretexto para acompañarla.

—Miren, no quiero parecer desagradable, pero no necesito ni la ayuda ni la compañía de ustedes.

—Quizá no, pero sí le conviene resultarnos simpática.

—¿Sí? —se sorprendió la rubia—. ¿Por qué motivo?

—Porque cuanto más simpática nos resulte usted, más amables seremos a la hora de preguntarle por Barrymore Shelly.

La rubia lanzó una exclamación, y los miró con súbito interés, y hasta alegría.

—¿Son ustedes amigos de Shelly?

—Más bien sí.

—¡Menos mal! Elvis estaba ya preocupado... ¿Dónde está él?

—¿Quién?

—¡Barry Shelly!

Los dos hombres se quedaron mirando desconcertados a la

rubia. Cambiaron luego una mirada entre sí, y volvieron a mirar a la rubia.

—Somos nosotros quienes estamos interesados en encontrar a Barry Shelly, señorita.

—¿Quieren decir que no saben dónde está? —se desilusionó ella.

—Pensamos que lo sabría usted... y el hombre que está con usted en el apartamento que, según nuestros datos, alquiló Shelly aquí, en Portofino.

—A ver si nos entendemos... ¿Ustedes me han abordado para preguntarme por Barry Shelly?

—Exactamente. Y por qué usted y su amigo están en el apartamento de él, de Shelly. Anteayer vinimos a buscar a Shelly... y desde entonces los estamos vigilando a ustedes.

—¿A Elvis y a mí?

—A usted y a su... impresionante amigo, sí. Y esperamos una respuesta.

La rubia asintió, como reflexiva. Por fin, hizo un gesto como de haber encontrado la solución.

—Si ustedes son amigos de Shelly, será mejor que vengan conmigo. Elvis les dirá lo que sea necesario para que la situación se aclare. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Vamos para allá... Nos gustaría llevarla en coche, pero ya sabe usted que no se permite la circulación de vehículos en este lugar.

—Lo cual me parece no sólo bien, sino exquisitamente agradable. Además, estamos muy cerca. El apartamento está... Oh, pero ustedes ya lo saben, ¿verdad?

—Sí, lo sabemos. Vamos allá. ¿Qué le pasa? ¿No puede usted caminar?

—Sí puedo —sonrió la rubia—. Pero me pareció que uno de ustedes iba a llevarme la bolsa.

El que había hablado menos soltó un refunfuño, tomó la bolsa y movió la cabeza indicando el camino. Apenas dos minutos más tarde, los tres entraban en el portal del edificio de tres pisos, antiguo pero remozado convenientemente, donde se habían habilitado otros tantos apartamentos. Cosas del turismo.

Uno de los hombres encabezó la marcha escaleras arriba, y el otro quedó en la cola de la pequeña comitiva, dejando a la rubia en

el centro. Cuando se detuvieron ante la puerta, y ella se disponía a llamar, uno de los hombres detuvo su mano en el aire. El otro sacó una pistola y presionó con la punta en un seno de la rubia.

—Si llama de algún modo convenido, y su amigo complica las cosas —susurró—, le agujereo la teta hasta el corazón. ¿Lo entiende?

La rubia lo miró fijamente. Miró luego al otro, que sostenía con el brazo izquierdo la bolsa y con la mano derecha la pistola, que apuntaba hacia la puerta. Por fin, la rubia asintió, y sin más, llamó al timbre.

A los pocos segundos, la puerta se abrió y Elvis quedó visible, en actitud natural... Al ver la escena, hubo un parpadeo en sus oscuros ojos. Eso fue todo.

—Dicen que son amigos de tu amigo Shelly —musitó la rubia.

Elvis asintió y, a un gesto del que sostenía la bolsa, retrocedió. Entraron los tres, el último en hacerlo cerró la puerta y se acercó a Elvis, que vestía unos ligeros pantalones color crema y una camisa oscura, atuendo que se completaba con unas zapatillas deportivas. Elvis no se movió cuando la mano izquierda del hombre palpó bajo las ropas, en especial hacia la cintura y entre las ingles. El otro sujeto había dejado la bolsa con comestibles sobre un sillón, y permanecía muy alerta mirando a Elvis y Alice.

—No está armado —dijo el que había registrado a Elvis.

—Regístrala a ella, ¿no? —sugirió el otro.

El primero echó un crítico vistazo a Alice, y replicó:

—No hace falta. Con la ropa que lleva no podría ocultar ni un cigarrillo: se notaría el bulto.

—Puede llevar algo entre las piernas.

Alice soltó una carcajada.

—¡Seguro que llevo algo entre las piernas! —exclamó—. ¡No faltaría más!

—Eres graciosa, ¿eh? —farfulló el que había hecho la sugerencia—. Muy bien: ¡veamos qué es lo que tienes entre las piernas!

—Tranquilos, tranquilos —alzó las manitas Alice—. Nada de complicaciones, amigos. Voy a complacerles.

Se subió la falda, dejando al descubierto el par de piernas más bellas que los dos sujetos habían visto en su vida. Y vieron más,

puesto que la falda fue subida hasta la cintura.

Vieron unas caderas sensacionales y, por supuesto, unos pantaloncitos deliciosos...

Sencillamente deliciosos, de color azul pálido.

—¿Satisfechos? —preguntó Alice.

—Lo estaríamos más si fueses más concreta —sonrió de mala gana el sujeto—. Quiero decir que aún se pueden ver más cosas.

—No tus ojitos de cerdo —replicó Alice.

—¿Y si meto la mano para asegurarme de que no hay nada escondido ahí dentro? El ceño de Alice se frunció, su mirada se enfrió.

—Prueba —susurró.

El hombre se quedó mirándola, un tanto irritado. Por fin encogió los hombros. El otro preguntó, mirando a Elvis:

—Muy bien: ¿quiénes sois vosotros y qué hacéis aquí?

—Elvis y Alice —dijo sobriamente Elvis—. Estamos esperando a Barry.

—¿Para qué?

—El nos lo dirá. Me llamó hace cinco días a París, y me dijo que me esperaba exactamente aquí, en este apartamento.

Me dijo que tenía un asunto que podía interesarme mucho, de modo que aquí estoy.

—¿Y ella? —señaló el hombre a Alice.

—Una compañera de... trabajo.

—¿De trabajo? —sonrió maliciosamente el otro.

—De trabajo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Pues debes ser marica, amigo —masculló el sujeto.

—No. Ella es frígida, simplemente. Pero para el trabajo resulta muy útil.

Los dos sujetos miraron desconcertados y no poco incrédulos a Alice.

—¿Frígida? ¿Quieres decir que no le gusta... la juerga?

—Le gusta todo —refunfuñó Elvis—, pero no siente nada con los hombres, de modo que prescinde de ellos... en ese sentido. Por lo demás, se está muy bien con ella.

—¿Qué te parece...? ¡Una tía tan buena y no goza con el

movimiento! ¡Vivir para ver! ¿Y no será que tú no sabes hacer las cosas, amigo Elvis?

—Quizá. ¿Por qué no pruebas tú?

El hombre miró a Alice, parpadeó, y luego miró a su compañero.

—Echa un vistazo por ahí, André. Y vosotros sentaos en el sofá, juntitos y quietecitos.

Elvis y Alice obedecieron. El llamado André se metió hacia el interior del apartamento. Durante los tres o cuatro minutos que tardó en reaparecer, nadie dijo nada. Al regresar se quedó en la puerta de la salita, diciendo:

—He visto algo de ropa en el armario, que me parece que es de Barry. Y una maleta, alguna revista... También hay dos bolsas con ropa que no son de él.

—Son nuestras —dijo Alice—. Decidimos instalarnos aquí a la espera de Shelly.

—Pero si él no estaba en el apartamento, ¿cómo entrasteis?

Alice lo miró atónita.

—¿Es una pregunta seria, o eres tonto? —inquirió a su vez.

—Entramos utilizando una horquilla de ella para abrir la puerta —gruñó Elvis—. Bueno, ya está bien. ¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy Carlo —dijo el que se había quedado con ellos; y señaló al otro—: El es André. ¿De qué asunto te habló Barry?

—No lo mencionó. Quedamos en que hablaríamos aquí. Y no te molestes en hacer más preguntas, porque eso es todo lo que sé.

—Está bien. ¿A qué te dedicas?

—A muchas cosas.

—Pero no buenas, ¿verdad? —dijo todavía en la puerta André, mostrando dos pistolas, una de ellas casi diminuta—. He encontrado esto en las bolsas. ¿Son vuestras?

—Claro.

—¿Para qué las necesitáis?

—Para cortar el pescado —exclamó Alice—. ¡Vaya una pregunta idiota!

André puso mala cara, pero Carlo se anticipó a su reacción.

—Desde luego, no sois italianos, pero lo habláis muy bien. ¿Qué otros idiomas habláis? —Yo hablo húngaro, alemán, francés, inglés, español, ruso y puedo defenderme en tres o cuatro más— dijo Elvis.

—Yo hablo ruso, alemán, francés, italiano, español... y por

gestos me entiendo con cualquiera —explicó Alice.

Carlo y André los contemplaban con incrédulo gesto. Carlo se acercó a André, y estuvieron cuchicheando dos o tres minutos. André asintió, salió de la salita y segundos después se oía la puerta del apartamento al cerrarse. Elvis y Alice miraron a Carlo, pero no dijeron nada, de momento. Por fin, Alice preguntó:

—¿Te molestaría que desayunásemos? Estás invitado.

Carlo miró de uno a otro, pero acabó por encoger los hombros.

—De acuerdo —asintió, guardando por fin la pistola—. Es una tontería que entre amigos nos dediquemos a complicarnos la vida. Tomaré café.

—¿Adónde ha ido André? —preguntó Elvis, mientras Alice, con la bolsa de comestibles, se dirigía a la cocina—. A telefonar. Volverá pronto.

* * *

Carlo se equivocó. André tardó más de una hora en volver, cuando ya la inquietud comenzaba a hacer presa en su compañero, que dirigía inquietas miradas de desconfianza a los imperturbables Elvis y Alice. Y en cuanto miró a André, Carlo supo que algo imprevisto estaba ocurriendo. A una seña de André, Carlo acudió junto a él, y de nuevo se dedicaron a cuchichear, esta vez durante más de cinco minutos...

Luego, los dos miraron a Elvis y Alice.

—Bueno —murmuró Carlo—, parece que Barry ha tenido dificultades. Seguramente se ha ahogado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Elvis.

—André ha visto mucho movimiento en el embarcadero, y se ha acercado a curiosear antes de telefonar. Según ha entendido, un sujeto que se dedica a alquilar un par de lanchas ha perdido una de ellas. Mejor dicho, ha perdido al cliente que se la alquiló: la lancha ha sido encontrada esta madrugada, medio hundida, cerca de un fondo rocoso. Todo parece indicar que la lancha pasó sobre unas rocas, la cubierta se abrió como si fuese de cáscara de huevo y casi se fue al fondo.

—¿Y el cliente era Barry?

—Eso parece, a juzgar por la descripción del sujeto.

Elvis quedó pensativo. Por fin movió la cabeza con gesto de duda.

—Bueno, la verdad es que no estoy seguro, pero me parece que Barry sabía nadar.

—Pudo golpearse en una roca, o en la misma lancha —sugirió Alice, muy seria—. Si perdió el conocimiento, debió ahogarse, Elvis.

—Supongo que sí, porque de otro modo, con el tiempo que llevamos aquí esperándolo ha tenido tiempo de llegar a nado desde Africa. De todos modos, quizá deberíamos dedicarnos a buscarlo. Podemos alquilar también nosotros una lancha, y...

—Nada de eso —cortó André—. El propietario de la lancha ha tenido paciencia estos días, desde que dejó de ver su lancha por el embarcadero, pero ahora comenzará a hablar, seguramente sabía dónde paraba Barry, de modo que es posible que pronto empiece a venir gente a este apartamento. Y al decir gente, me refiero a la policía o a los *carabinieri*.

Elvis se lo quedó mirando.

—Y a vosotros no os interesa conversar con esa clase de gente, supongo.

—No. No nos interesa en absoluto. ¿Y a vosotros?

—No tenemos nada pendiente con la policía italiana —encogió los hombros Elvis—, pero tampoco nos hace ninguna gracia.

—¿Aceptarías un trabajo bien pagado?

—Depende. No me gustan las chapuzas, aunque estén bien pagadas. De todos modos —reflexionó—, si es algo relacionado con Barry tiene que ser bueno, o él no me habría llamado.

—Podrías ocupar el sitio de Barry —asintió Carlo.

—¿Eso es lo que ha propuesto la persona a la que André ha llamado por teléfono?

—Sí. En realidad, ya hace dos días que tendríamos que haber acudido a la reunión, llevando a Barry, al que debíamos recoger aquí. Lo que significa que vamos retrasados, así que no hay tiempo que perder. ¿Aceptas o no?

—¿De qué se trata?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Cuánto cobraré, y cómo, en qué moneda?

—Veinticinco mil dólares, al contado; en dólares, digo.

—¿Veinticinco mil cada uno? —señaló Elvis a Alice.

—Ella no interesa. Puede esperarte en cualquier sitio.

Elvis movió la cabeza negativamente.

—No. Si ella no viene, yo tampoco.

—No queremos mujeres en el grupo. Ni más personal. Falta uno, no dos.

—Lo entiendo. Pero estoy acostumbrado a Alice, nos compenetramos muy bien, y... me trae suerte. Es muy inteligente, muy útil en todo momento, y, como mujer, no crea problemas. Sería como un compañero más.

Carlo vaciló y miró a André, que movió negativamente la cabeza, diciendo al mismo tiempo:

—Ya dije que había una mujer. La respuesta fue tajante: NO.

—Pues si no la queréis a ella...

—Oh, Elvis —le interrumpió Alice—, ¡déjate de tonterías! No estamos en situación de desdeñar veinticinco mil dólares, ¿verdad? Acepta, y ya te reunirás conmigo cuando termines ese trabajo. Estaré esperándote donde me digas. ¡Y no me vengas con que estarías preocupado por mí! —rió.

—Está bien —aceptó de mala gana Elvis—. Puedes esperarme en 23-AX

.

—De acuerdo. Otra cosa: ¿puedo quedarme el coche? Supongo que André y Carlo tienen uno por aquí cerca.

—Lo tenemos —asintió Carlo.

—De acuerdo, entonces. Bien, ¿qué esperamos para largarnos de aquí?

—Vamos a recogerlo todo —dijo Carlo—. Este apartamento tiene que quedar como si Barry jamás hubiese estado en él.

Diez minutos más tarde, los cuatro abandonaron el apartamento. Primero lo hizo Alice, llevando su bolsa de viaje, dentro de la cual estaría el maletín. Un minuto más tarde salieron Elvis, Carlo y André, los cuales caminaron por Portofino hasta abandonar la zona donde no se permitía el tráfico rodado. Muy pronto llegaron adonde André y Carlo habían dejado el coche, y André se puso al volante y Carlo y Elvis en el asiento de atrás. Partieron.

—¿Qué es

23-AX

? —preguntó Carlo a Elvis.

—Uno de nuestros puntos de reunión. A veces se nos complican un poco las cosas y tenemos que separarnos; en esas ocasiones nos citamos en alguno de nuestros puntos de reunión, y no hay problemas.

—Lo que yo me pregunto —dijo André, mirando por el retrovisor— es por qué vas con esa pájara si no le gusta la cama. ¡Con la de mujeres hambrientas que hay por ahí!

—Encontrar una mujer es fácil —asintió Elvis—; encontrar un... socio como Alice, no. Así que para trabajar prefiero a Alice. Lo de la cama ya lo resuelvo yo por mi cuenta...

¿Adónde vamos?

—De momento, a Ventimiglia.

—¿Y luego?

—Ya lo verás.

—Supongo —intervino Carlo— que tu pasaporte, está en orden, que no tienes ninguna dificultad para cruzar fronteras.

—En absoluto.

—Bien... ¡Bien!

Llegaron muy pronto a Santa Margherita, donde tomaron la carretera de la costa, en dirección a Génova. Pero no pasaron por esta ciudad, ya que muy poco después, tras haber dejado atrás Camogii, se desviaron hacia Recco, desde donde pasaron a la autopista. A partir de ese momento el viaje fue rápido, pero no demasiado.

Y Elvis sabía por qué. Iban a Niza y no valía la pena correr, porque llegasen a la hora que llegasen no los recogerían con la camioneta hasta que fuese de noche, para lo cual faltaban muchas horas.

CAPÍTULO IV

Finalmente la camioneta se detuvo. Dentro de ésta iban solamente Carlo, André y Elvis, que habían sido recogidos en una avenida de Niza, efectivamente, ya de noche. En la cabina de la camioneta iba solamente el conductor, separado de sus pasajeros por un cristal empotrado en la parte delantera de la caja destinada a carga, y en la cual había dos bancos laterales.

Sentado en uno de esos bancos, Elvis se había esforzado, si bien con disimulo, en mirar por el cristal, intentando saber por dónde iban y hacia dónde, pero no lo había conseguido. En primer lugar porque la presencia de André y Carlo le impedía hacerlo de modo adecuado; en segundo lugar, porque estando sentado apenas podía ver algún que otro árbol y el resplandor de los vehículos que se cruzaban con la camioneta. Todo esto, simplemente, significaba que Barry Shelly les había mentado a él y Alice. Les había dicho que podría orientarse sólo para ofrecer algo por lo que valiese la pena conservarlo con vida. Pero no habría podido orientarse. Muy listo. Lástima para él que no lo hubiese sido tanto con aquello del cuchillo.

El conductor golpeó el cristal apenas la camioneta se detuvo, y Carlo dijo:

—Hemos llegado. Salgamos.

—Hemos llegado.... ¿Adónde? —preguntó Elvis.

—Digamos que... a la Comandancia —rió André—. No te preocupes por ese detalle. Aquí sólo venimos a recibir instrucciones, y eso es lo único que nos interesa. ¿De acuerdo?

Elvis encogió los hombros. Carlo había abierto la doble puerta de atrás y los tres saltaron a tierra. Había un hombre esperando, que enseguida dijo:

—Wartz está que arde... ¡Todo el plan tendría que estar ya estudiado a fondo!

—No es culpa nuestra, ¿verdad? —Gruñó Carlo.

—Venid.

Señaló hacia la mansión, en la que no se veía luz alguna. Todo lo que se veía, a la luz de la luna, era el contorno del edificio, que, en efecto, era muy grande, de dos pisos. Alrededor había una gran extensión de terreno poblado de pinos altísimos. Cerca de la casa se veían las formas de macizos de flores, y, cuando estuvieron más cerca de ella, Elvis vio refulgir la luna en las aguas de una piscina. Había otra pregunta respecto a lo que les había dicho Barry Shelly: ¿cómo había podido él ver al jorobado tomando el sol y nadando en la piscina, si al parecer llegaban allá de noche, y posiblemente se marcharían antes del nuevo día? ¿O se quedarían allí aquella noche? Y otra cosa: ¿existía realmente el jorobado llamado Michelángelo?

Lo seguro era que existía Wartz, puesto que lo habían mencionado. ¡Pobre Barry Shelly! Se había asuntado tanto que incluso dijo algunas verdades... A menos que Hermann Wartz no pareciese una babosa, claro.

Parecía una babosa, en efecto.

Cuando entraron en la sala donde les estaban esperando, Elvis identificó inmediatamente a Wartz, porque era tal como Shelly lo había descrito: delgado, bajito, con lentes, ojos penetrantes... y un decidido aspecto de babosa, de algo viscoso, lento y taimado que va lentamente a lo suyo. Vestía impecablemente de negro, con chaleco incluso, sobre el que destacaba la cadena de oro. Los cristales de sus lentes reflejaron la luz de la estancia cuando movió la cabeza. Elvis miró hacia la ventana y la vio cubierta por una pesada cortina de color granate.

Además de Wartz, había tres hombres más, que le miraron fijamente, pero sin expresión alguna. Elvis miró la gran mesa que ocupaba el centro de la estancia y sobre la cual se veía un gran mapa evidentemente dibujado a mano y, sobre él, tres coches, las maquetas de algunas pequeñas poblaciones y un pequeño tren de juguete. Wartz movió con impaciencia el bastón que tenía en la mano.

—¿Alguna dificultad más? —preguntó con voz chillona, como de

rata.

—No —movió la cabeza Carlo—. ¿Se ha sabido algo de Portofino?

—Aún no. Pero los hombres que enviamos allí ya deben estar rastreando los pasos de Shelly, y no tardaremos mucho en recibir toda la información que sea posible conseguir.

—Miró a Elvis y añadió: —Soy Hermann Wartz, Director de Planificaciones.

—Muy bien —asintió Elvis, indiferente—. ¿Qué hay que hacer?

—No parece de los que se impresionan —rió uno de los que ya estaban reunidos con Wartz.

—Ése es Ferenc —lo señaló Wartz; y luego señaló a los otros dos —, y éstos, Hugo y Giorgio. ¿Es cierto que hablas alemán?

—Así lo creo yo.

Hermann Wartz comenzó a hablar en alemán con Elvis; la conversación, que duró un par de minutos, pareció complacer mucho a Wartz, que miró al húngaro Ferenc Skozac.

—Elvis ocupará tu lugar en el tren, Ferenc, puesto que habla el alemán mejor que tú.

—De acuerdo —asintió el húngaro.

—Así pues, tú, André y Carlo utilizaréis los tres coches, y Giorgio, Hugo y Elvis irán en el tren —señaló el plano extendido sobre la mesa—. Y ahora, escuchadme los seis con atención. El tren que nos interesa hace el recorrido Milán-Génova, y en él viaja nuestro próximo «invitado», cuyo nombre es Rudolf Wasserman. Aquí tenéis fotografías de él y de los hombres que le acompañan en el viaje...

—Sólo una pregunta, antes de que usted siga adelante, Wartz —pidió Elvis.

—¿Sí?

—Dice usted que Rudolf Wasserman viaja en el tren.

—Viajará —puntualizó Wartz—; mañana por la noche.

—Viajará —asintió Elvis—. Está bien. La pregunta es respecto a ese corto trayecto, precisamente, Milán-Génova. Si Wasserman está ahora en Milán...

—No, no, no... Wasserman está ahora en Zurich, Suiza. Mañana saldrá en tren desde Zurich hacia Génova. Lo que he querido decir es que vosotros no intervendréis hasta que el tren haya pasado ya

por Milán y esté camino de Génova. Y ello porque quiero que la acción se realice en territorio italiano íntegramente.

—Ahora lo entiendo. Es que me había parecido que si Rudolf Wasserman ya estaba en Italia, no teníamos por qué complicarnos la vida actuando en un tren.

—Yo soy quien dirige las operaciones —lo miró hoscamente, Wartz—, de modo que de ahora en adelante escucharás hasta el final siempre que yo hable. Y si cuando he terminado tienes algo que preguntar u objetar, lo harás entonces. Sólo entonces, ¿está claro?

—Sí. No pretendía molestar.

—De acuerdo. Volvamos al asunto... Ante todo, examinad bien las fotografías de Wasserman y sus acompañantes; luego pasaremos una película montada con algunos recortes de noticiario, para que lo veáis mejor. En cuanto al plan para secuestrar a Rudolf Wasserman...

Cerca de las cuatro de la mañana el plan estaba completo en todos sus puntos, no había más preguntas que hacer, cada cual sabía con todo detalle cuál era su cometido. Así pues, repartidos por parejas en tres coches, los seis hombres partieron de la gran mansión, en busca de la carretera 204, en la que iniciarían su viaje hacia Torino, Italia, para desde aquí pasar, siempre en coche, a Milán, donde otro empleado de Wartz esperaba con tres pasajes para el tren que haría al día siguiente el último tramo de su recorrido desde Zurich, entre Milán y Génova.

Y cuando los seis hombres se hubieron marchado y todo quedó en silencio en la mansión, Hermann Wartz se dirigió a una de las puertas que daban al amplio vestíbulo.

Llamó con los nudillos, empujó la puerta y entró.

Era un pequeño saloncito muy confortablemente amueblado y alfombrado. Había un sofá, algunos sillones, una librería, un televisor sobre una mesita que servía de bar en su doble cubierta inferior... La única luz que había allí provenía de una lámpara de pie colocada en un rincón. A esa luz, Wartz vio al hombre sentado en uno de los sillones, frente al televisor, que estaba apagado. Wartz fue a sentarse junto al hombre, y lo miró, pero señalando con un dedo el apagado televisor.

—¿Lo has visto y oído todo, Michelángelo? —preguntó.

El jorobado, que parecía un tanto adormilado, lo miró y asintió con su melenuda cabeza. Su rostro era apacible, hermoso, suave. Los ojos, grandes y oscuros, parecían rebosar bondad. Era en verdad un rostro notable, patriarcal.

—Me pregunto, Hermann —dijo sosegadamente—, si era indispensable utilizar a ese hombre nuevo: Elvis.

—Si no lo hubiésemos utilizado a él habríamos tenido más dificultades, pues tendríamos que haber llamado a uno de los nuestros residentes en Alemania. Ya oíste cómo habla el alemán...

—Sí. Igual que un alemán, ¿no?

—Bueno, no tanto —sonrió Wartz—. Pero casi. ¿No te gusta?

—Es *demasiado* inteligente. Y estoy seguro de que se dio cuenta de que había una cámara de televisión observando la reunión.

—Ninguno se ha dado cuenta —protestó Wartz—. ¿Por qué habría de darse cuenta él?

Además, la cámara está bien oculta...

—Estoy seguro de que se dio cuenta.

—Bueno, ¿qué importa? A fin de cuentas, los demás ya te conocen y seguramente le hablarán de ti. Es lógico... e inevitable. Por mi parte, te diré que me gusta Elvis. —¿Te gusta? ¿Por qué?

—Es serio y sobrio, y no se le escapa ningún detalle. Creo que hemos hecho una buena adquisición. No es fácil encontrar hombres como Elvis, ya lo sabes.

—Eso es lo que menos me gusta de él —murmuró Michelángelo, mirando fijamente a Wartz—; precisamente los hombres de la categoría de Elvis no suelen estar libres, a disposición del primero que acuda a contratarlos. Esa clase de hombres, Hermann, siempre suelen estar ya contratados.

Estuvieron mirándose unos segundos. Por fin Wartz soltó un gruñido.

—Bueno, ya veremos. De todos modos, Elvis va con Hugo, que no se separará de él ni un segundo. Y si algo va mal, nuestros empleados más veteranos ya saben lo que tienen que hacer. ¿Qué te parece si nos retirásemos a descansar? ¡Son las cuatro de la madrugada!

—Subiré dentro de unos minutos.

—Está bien. Hasta mañana.

Hermann Wartz abandonó el saloncito, dejando de nuevo solo al

jorobado Michelángelo, que durante un par de minutos permaneció inmóvil, pensativo. Luego, acercó al sillón la pequeña mesita donde estaba el teléfono y procedió a marcar primero el prefijo internacional y luego el número de cierto teléfono de Milán.

Estaba ya impacientándose cuando al otro lado atendieron la llamada.

—¿...?

—¿Howitz? Soy yo... ¿Comprendes?

—...

—Bien. Calculo que los seis estarán ahí alrededor de mediodía. Con ellos viaja uno nuevo, llamado Elvis. Cuando lleguen les entregas los billetes para el tren, y acto seguido procura hacer un aparte muy discreto con Hugo. Dile a Hugo de mi parte que en cuanto hayan terminado el trabajo y hayan entregado al nuevo invitado a los encargados de recogerlo, que mate a Elvis. ¿Lo has entendido?

—...

—Pues eso es todo.

—No, no sabemos todavía nada seguro sobre Shelly. Estamos utilizando a Elvis por eso. Pero no me gusta. Ten cuidado que él no se dé cuenta de que hablas con Hugo, aparte. —...

—De acuerdo. Adiós.

Michelángelo colgó el auricular, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, bamboleando su voluminosa y contrahecha espalda. No experimentaba sentimiento alguno. Simplemente, él estaba encargado de que aquella parte del asunto funcionase bien, sin fallo de ninguna clase... y hacía lo que creía que debía hacer. La vida de un hombre, o de varios, no tenía importancia alguna.

A fin de cuentas, se vive para morir... un día u otro.

Todo el mundo lo sabe: la muerte es insaciable.

* * *

—Estaba muerto de frío —dijo Hugo.

Elvis lo miró con expresión inescrutable y encogió los hombros.

—No será tanto —deslizó, como aburrido.

—Dentro del coche, no. Pero en cuanto hemos salido... Es muy temprano. Y ya no estamos en la Costa Azul, ¿sabes?

Elvis no se dignó contestar esta vez. No, ya no estaban en la Costa Azul, sino en Torino, adonde habían llegado cerca de las nueve de la mañana. No sabían nada de los demás, ni lo sabrían hasta llegar a Milán, donde les esperaban con los billetes para el viaje MilánGénova.

Verdaderamente, el viaje por las montañas había sido pesado, pero lo importante era que ya estaban allí, desayunando en una cafetería leche caliente y bollos. No parecía que fuesen a tener problemas, ya que desde Torino a Milán sólo había ciento treinta kilómetros de buena autopista, de modo que incluso tomándoselo con calma estarían allá al mediodía, hora convenida. Sólo entonces, después de recibir cada cual su billete para el tren, podrían dormir unas cuantas horas, hasta la salida de éste de la Stazione Porta Garibaldi...

Era algo más de las nueve y media de la mañana cuando reanudaban el viaje hacia Milano, adonde llegaron sin novedad, con toda calma, hacia las once y media. A las doce en punto llegaban al garaje sito en Vía Ceresio, cerca del Cementerio Municipal. Aquí se reunieron con los otros cuatro componentes del grupo y con un tal Howitz, un suizo de cabeza cuadrada y gesto adusto, que les entregó los billetes para el tren y les aseguró que podían dormir tranquilamente, pues el garaje hacía tiempo que estaba cerrado y nadie iba allí para nada. Así pues, los seis hombres se dedicaron a dormir, tras efectuar un ligero almuerzo.

A las tres de la tarde, Howitz despertó a Carlo, André y Ferenc, y éstos abandonaron el garaje, cada uno al volante de uno de los tres coches utilizados por los seis para el viaje Niza-Milano, de modo que los tres hombres restantes quedaron sin vehículo.

Ningún problema tampoco en esto, porque la Stazione Porta Garibaldi estaba muy cerca de allí. Cada uno de ellos recibió una maleta de manos de Howitz a las cuatro y media de la tarde, cuando fueron despertados a su vez. Salieron del garaje por separado, y por separado se dirigieron, a pie, hacia la estación del ferrocarril.

Cuando el tren salió de Milano en dirección a Génova, a las diecisiete cincuenta, todo estaba funcionando a la perfección.

CAPÍTULO V

A través del cristal de la ventanilla, Elvis estaba mirando el indicador de la estación en la que el tren se había detenido una vez más. Primero había sido Pavía, luego Voghera..., y luego unas pocas más. Ahora estaban en Tortona.

Frente a él, una pasajera de unos cuarenta años, de grandes ojos, lo miraba con cierta irritación, convencida ya de que el pasajero que precisamente le interesaba de los que ocupaban aquel compartimiento no era hablador, ni parecía tener el menor interés en llegar a Génova bien acompañado y con grandes posibilidades de pasarlo bien.

Aunque quizá no iba a Génova, es decir, al término del recorrido, ya que después de salir de Tortona, y ya cerca de Serravalle, el impresionante sujeto de negros ojos se puso en pie, y salió del compartimiento. Pero no, no debía terminar todavía su viaje, porque su maleta quedó allí, en la rejilla. Quizá todavía había posibilidades, pensó la mujer encaprichada.

Pero no. No había ninguna posibilidad para ella, pese a que, en efecto, el pasajero interesante no se apeó en Serravalle, sino que se limitó a permanecer fumando en el pasillo, frente al compartimiento. Luego, cuando el tren reanudó el viaje, desapareció de la vista de la mujer, que dudó entre seguirlo o no, para intentar una conversación sin testigos. ¿Quizá era esto lo que el hombre quería, ahora que estaban ya acercándose a Génova...? El instinto de la mujer le dijo que no, que tampoco era esto, de modo que permaneció en su asiento.

Mientras tanto, Elvis caminaba despaciosamente por el pasillo de otro vagón, mirando con indiferencia al hombre que, frente al cristal, fumaba aburrido, contemplando la recién llegada noche y

las sombras que se deslizaban junto al tren. Elvis pasó junto a Giorgio sin mirarlo siquiera. No hacía falta: sabía que Giorgio caminaría tras él.

Justo cuando, ya en otro vagón, pasaba junto a Hugo, Giorgio aparecía por el extremo del vagón. Tampoco se miraron directamente. Cada uno captó la presencia de los otros dos, eso fue todo.

El siguiente vagón ya era de compartimientos privados. Uno tras otro, con indiferencia, los tres hombres recorrieron el pasillo, sin que el empleado del tren les concediese mayor importancia. En el siguiente vagón había otro empleado del tren, que vio pasar a Elvis, luego a Hugo, y finalmente a Giorgio, que se acercó a él, sonriendo cortésmente y señalando la puerta del lavabo general.

—¿Puedo entrar ahí? —preguntó, en italiano, pero con acento alemán.

El empleado lo miró con gesto amable.

—Naturalmente, señor. Pero cada compartimiento tiene su propio servicio...

—Lo sé. Pero algo funciona mal en el mío.

—Iré a ver...

—Es muy amable. Pero tengo urgencia... Entraré primero ahí y luego iremos a mi compartimiento, en el otro vagón. ¿Cómo se abre esta puerta...?

No podía ser más fácil, y el empleado del tren, complaciente, la abrió. Acto seguido se volvió hacia Giorgio, sonriendo.

—Ya est...

Se quedó con la boca abierta, mirando la pistola provista de silenciador que le apuntaba al rostro. La mirada del hombre pareció saltar primero hacia el rostro de Giorgio, y luego en busca de los dos pasajeros que habían pasado segundos antes ante él, y que todavía debían estar en el pasillo. Y estaban. Estaban parados en mitad del pasillo, vueltos ambos hacia ellos, mirándolos inexpresivamente.

—Vamos, entre ahí —susurró Giorgio.

El hombre retrocedió, entrando en el lavabo. Giorgio entró tras él y, sin más contemplaciones ni complicaciones, le golpeó en la frente con la pistola. El hombre emitió un gemido, cayó hacia atrás, y quedó sentado en la tapa de la taza del inodoro, inclinado hacia

un lado. Giorgio sacó un rollo de esparadrapo del bolsillo, y procedió a sellar herméticamente la boca del empleado, dedicándose acto seguido a atar sus pies y sus manos también con tiras de esparadrapo. Finalmente, con una más larga, rodeó un par de veces su cuello, y ató los extremos al grifo del pequeño lavabo. Luego, salió de la cabina, cerró colocando la indicación de fuera de servicio, y caminó por el pasillo, pasando junto a Hugo y Elvis, a los que guiñó el ojo. Llegó al otro extremo del pasillo, desapareció... y reapareció segundos más tarde, mostrando en alto el pulgar.

Elvis y Hugo se volvieron hacia la puerta ante la cual se habían detenido, y el primero llamó con los nudillos.

A los pocos segundos, la puerta se abrió, y un hombre alto, de cabellos rubios, rostro enérgico y fría mirada, miró a Elvis y a Hugo, mientras éstos, de un vistazo, veían a los otros dos hombres que ocupaban el compartimiento.

—¿Qué desean? —preguntó en italiano.

—Conversar con *herr* Wasserman —replicó Elvis, en alemán—. Es cuestión de seguridad.

Una expresión de alarma apareció en los ojos del hombre, queladeó la cabeza. Otro de los que había en el compartimiento se puso en pie rápidamente, y se acercó a su compañero.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Servicio de seguridad —insistió Elvis—. Hemos sido designados para apoyarles en la última parte del trayecto en la protección de *herr* Wasserman.

Los dos hombres palidecieron. El que había abierto la puerta sacó rápidamente su pistola, y apuntó al pecho de Elvis, que no se movió, ni se alteró. Tampoco se alteró Hugo, pese a que el otro hombre sacó también su pistola, mientras exclamaba:

—¡Eso no es cierto! ¡Nos consta que no...!

—Si lo quieren de este modo, de acuerdo —dijo fríamente Elvis—. No somos de Alemania Federal, sino de la Oriental. Mi compañero y yo pertenecemos al Hauptabteilung I de la BND^[1], así que espero que entiendan bien lo que queremos: a *herr* Wasserman.

El tercer hombre que ocupaba el compartimiento, Rudolf Wasserman, se estaba poniendo ya en pie, y se acercaba. Para asombro de sus dos acompañantes, Elvis le sonrió, y comenzó a hablarle en español.

—¿Qué dice? —se interesó Rudolf Wasserman, en alemán.

Elvis movió la cabeza, sonriendo, y miró de nuevo a los dos desconcertados guardaespaldas.

—Les diré cómo está la situación: en el compartimiento de al lado hay una carga explosiva que puede hacer volar todo este vagón como si fuese de cartón. Y eso es lo que va a ocurrir si nosotros no avisamos antes de... —Miró su reloj de pulsera— veintidós segundos a nuestro compañero.

—Eso no es cierto —jadeó el hombre—. Significaría que ustedes son unos suicidas. Y aunque fuese cierto, podemos matarlos a ustedes ahora mismo, abandonar el vagón...

—¿Creen que sólo somos dos? —Arqueó las cejas Elvis.

—¿Qué pretenden ustedes? —intervino Wasserman, lívido.

—Pretendemos no matar a nadie, *herr* Wasserman, pero también pretendemos secuestrarle a usted sólo durante unos días. Le aseguro que nada malo le ocurrirá. Y les recuerdo —miró de nuevo su reloj— que el tiempo va pasando. Usted sabe mejor que nadie que esto va en bien de todos, *herr* Wasserman.

—¿Yo? —exclamó Rudolf Wasserman.

Elvis miró de nuevo su reloj.

—Siete segundos —dijo, con voz tensa.

—Pasen —casi gritó Wasserman—. ¡Y ustedes, guarden esas armas!

Elvis asintió, sacó lo que parecía una pluma estilográfica, y alzó un poco el capuchón, la acercó a la boca, y dijo, siempre en alemán:

—Todo va bien. Desconecta, por el momento.

Guardó la pluma, empujó suavemente al hombre que tenía ante él, y que todavía sostenía la pistola, y entró en el compartimiento. Hugo lo hizo detrás, cerró la puerta y señaló las pistolas, todavía visibles.

—Parece que ustedes no han escuchado a *herr* Wasserman —dijo secamente.

Los dos hombres todavía estaban vacilando entre guardar o no las pistolas cuando sonó la llamada a la puerta del compartimiento. Hugo la abrió, y Giorgio apareció en el hueco.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Sí, por el momento. ¿Alguna dificultad en el vagón?

—Todo está controlado. ¿Estás seguro de que todo va bien? —

refunfuñó, mirando las armas de los dos guardaespaldas.

—Espero que sí. Si los demás están en sus puestos será mejor que tú te quedes aquí.

Giorgio entró, y Hugo cerró de nuevo la puerta. Era una situación increíble, pero los dos vigilantes de Rudolf Wasserman no tuvieron más remedio que rendirse a la evidencia: aquellos hombres debían estar muy seguros de sí mismos para actuar de aquel modo. Así que, lentamente y de mala gana, guardaron sus armas.

—¿Qué es lo que quieren de mí? —inquirió con voz aguda Wasserman.

—Vamos, *herr* Wasserman, déjese ya de comedias —dijo Elvis—. Y ustedes, vuélvanse de espaldas y coloquen las manos juntas sobre el trasero. No queremos matar a nadie, pero tampoco queremos ser molestados.

—Escuchen —insistió Wasserman con su aguda voz—, no sé lo que pretenden, pero con tal de evitar una catástrofe en este tren les voy a escuchar. ¡Y les advierto...!

—No se canse más —sonrió Elvis—, la situación ya está controlada. Ustedes, vuélvanse.

Les ataremos las manos a la espalda y los amordazaremos, eso será todo. Estoy seguro de que *herr* Wasserman está de acuerdo con esto. ¿Cierto, *herr* Wasserman?

—Sí, pero ustedes...

—¡Ya basta! —Gruñó Hugo—. ¡Terminemos con esta tontería!

Su reacción fue velocísima: la pistola apareció en su mano, y el cañón golpeó a uno de los guardaespaldas en la frente cuando el hombre, con movimiento instintivo, parecía que quería volver a sacar su pistola. El hombre salió despedido hacia atrás, cayendo sobre Wasserman. El otro también hizo el gesto instintivo de sacar de nuevo su pistola, pero el puño derecho de Elvis golpeó en su barbilla, haciéndola crujir, y el hombre, con los ojos en blanco, salió despedido contra la ventanilla, rebotó y cayó de bruce en el centro del compartimiento. El que había recibido el golpe en la frente estaba intentando ponerse en pie, pero Elvis giró velozmente hacia él, y lo privó del conocimiento con otro puñetazo formidable.

Los dos hombres quedaron tendidos en el piso, y Elvis los señaló.

—Amarradlos bien y amordazadlos. Con cuidado, no vayan a asfixiarse, pues su testimonio sobre lo sucedido aquí nos conviene,

no lo olvidéis.

Wasserman, que parecía a punto de ahogarse con su agitada respiración, puedo exclamar, finalmente:

—¡Ustedes están hablando como si yo tuviese algo que ver en todo esto, como si yo supiese...!

—Ésa es la idea, *herr* Wasserman —le interrumpió Elvis—. Si no nos interesase que estos hombres dijeran que usted parecía saber algo de todo esto, los habríamos matado, simplemente. Hemos procedido así en otras ocasiones... ¿Quizá preferiría usted que los hubiésemos matado?

—No... Claro que no. Pero no comprendo...

—Le diré cuáles son nuestros proyectos, *herr* Wasserman.

Dentro de unos minutos este tren va a detenerse en el apeadero de Busalla. En ese punto, usted y dos de nosotros abandonaremos el tren, y mi compañero —señaló a Giorgio— se quedará con sus guardianes. Si nos apeamos normalmente, y no hay contratiempo alguno, mi compañero dejará vivir a estos dos hombres. Si ocurre algo, nosotros lo mataremos a usted, y él a sus guardianes. ¿Lo entiende?

—Sí... Sí, pero...

—No se complique la vida. Oportunamente recibirá toda una serie de explicaciones sobre este asunto. Será mejor que empiece a recoger sus cosas.

Rudolf Wasserman miró a sus guardianes, que estaban siendo sólidamente atados de pies y manos por Giorgio y Hugo, quienes procedieron acto seguido a amordazarlos, siempre utilizando esparadrapo. Por fin, el diplomático alemán señaló hacia el tabique de separación con el otro compartimiento.

—Esos explosivos que...

—No se preocupe —dijo Hugo, riendo, alzando la cabeza—. No hay ninguna clase de explosivos en el tren.

Wasserman suspiró profundamente.

—Comprendo. Ha sido una buena jugada. Les felicito... Iré con ustedes sin ocasionar problemas.

—Agradecido, *herr* Wasserman. Sería una estupidez por su parte resistirse: sólo conseguiría morir, y poner en peligro las vidas de sus guardaespaldas y de otras personas del tren. Por favor, recoja sus cosas. No tardaremos mucho en llegar a Busalla.

Efectivamente, no tardaron mucho. Cuando el tren se detuvo en el apeadero, Wasserman, acompañado de Elvis y Hugo ya esperaban en la plataforma. Se apearon inmediatamente y se alejaron, llevando Wasserman un portafolios y cargando Hugo con su maleta. Justo cuando el tren comenzaba a ponerse en marcha, Giorgio apareció en la escalerilla del vagón, y saltó también al andén, echando a andar en pos del trío.

Hugo volvió la cabeza, le vio y alzó un pulgar; Giorgio le correspondió con el mismo gesto, sonriendo, y se dirigió a uno de los dos coches que se veían allí cerca estacionados... El tren comenzó a tomar velocidad muy pronto, perdiéndose en la noche lanzando hacia la oscuridad los destellos de sus iluminadas ventanillas. Giorgio se metió en el coche en el que le esperaba Ferenc, sentándose a su lado, y preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Y el otro coche?

—Tranquilo. Aparecerá enseguida. Nosotros nos vamos ya. Y lo mismo harán Hugo y Elvis enseguida, puesto que ni ha habido ni hay dificultades.

En el momento en que Ferenc Skozac ponía en marcha el coche, aparecía el número tres, que se acercó a Elvis, Hugo y Wasserman. Se detuvo ante ellos, la portezuela de atrás se abrió, y Carlo asomó la cabeza.

—Entre, señor Wasserman. Vosotros tenéis la llave puesta en el coche.

Rudolf Wasserman entró en el tercer coche, que se alejó inmediatamente, con André al volante y Carlo en el asiento de atrás junto al secuestrado diplomático, al que informó:

—Señor Wasserman, ya sabe usted, naturalmente, que estamos en Italia. No tendremos problemas de fronteras, ni nadie tiene por qué interesarse por nosotros. De modo que vamos a viajar hacia la costa en buena armonía. Por favor, no me obligue a matarlo. ¿Está claro?

—Sí —murmuró Wasserman.

Mientras tanto, Hugo y Elvis se dirigían hacia el único coche que había quedado allí. Hugo se colocó ante el volante, y Elvis se sentó a su lado. Hugo dio el encendido, pero no arrancó hasta que vio pasar el coche que conducía André, y en cuyo interior iba Rudolf Wasserman vigilado por Carlo. Partieron detrás, a cierta distancia,

pero se separaron muy pronto. El coche conducido por André se dirigió hacia el acceso a la autopista

A-7

. Del coche en el que iban Ferenc y Giorgio no había ya ni rastro. Hugo frenó, esperó a ver el coche de André entrar en busca de la autopista, y entonces efectuó la maniobra para regresar hacia el Norte.

—Nos separaremos en Serravalle, según lo convenido —dijo, muy atento a la marcha del coche—. Puesto que Wartz sabe cómo encontrarnos a todos a menos que decidamos pasar unos días en algún lugar diferente, cosa que no sucede esta vez, no habrá problemas. Es decir... Ahora que pienso, tú no dijiste dónde te podría llamar Wartz.

—No, no lo dije.

—Carlo me habló de tu famoso punto

23-AX

, donde creo que te espera una rubia sensacional..., pero frígida. ¿Eso es cierto?

—Claro.

—¿Le dijiste a Wartz dónde está ese punto?

—No. Lo olvidé.

—Bueno, no hay problema... Dímelo a mí, y cuando me llamen, yo mismo te avisaré.

—Perfecto —asintió Elvis—. El punto

AX-23

es un pequeño hotel llamado Sole Picolísimo, en San Remo. Alice me está esperando allí. Cuando volváis a necesitarme, llamad allá, y preguntad por Elvis North. Y otra cosa, Hugo: dile a Wartz que nada de bromas.

—¿A qué te refieres? —Le miró sorprendido Hugo.

—Al dinero. Yo trabajo por dinero, ¿comprendes?

—Todos trabajarnos por dinero —rió Hugo—. Pierde cuidado, te aseguro que son gente muy seria en esto. El único riesgo es la primera vez, pero una vez que has comenzado a cobrar, ya no falla: cada golpe, veinticinco mil dólares.

—Eso está bien para las conveniencias de ellos, pero no demasiado para las mías. No me gusta nada tener que esperar a iniciar el segundo golpe para cobrar el primero. —Tranquilo,

hombre. Dentro de pocos días, cuando vuelvan a llamarnos, tendrás tus veinticinco mil. ¿Estás en apuros?

—Casi.

—Bueno, puedo prestarte algo hasta entonces, si quieres. ¿Te arreglarías con dos o tres mil francos? Me parece que no llevo mucho más encima.

—Tres mil francos solucionarían mi problema hasta que cobre, desde luego.

—Te los voy a dar ahora mismo.

Viajaban ya por la carretera, cruzándose ocasionalmente con algunos vehículos. Hugo Lutz salió de la carretera hacia el arcén natural, de tierra. Frenó, apagó el motor, y llevó la mano izquierda hacia la axila derecha. Era perfecto. Se había cambiado la pistola de lugar sin que Elvis le viese, y sólo tenía que empuñarla dentro del bolsillo, colocarla horizontal, y disparar a través de la tela. Una chaqueta bien vale cumplir un trabajo; trabajo que le había encargado discretamente Howitz en Milán.

En el mismo momento en que Hugo tocaba con sus dedos la culata de la pistola, un coche pasó junto a ellos en dirección a Génova, iluminando sus rostros. Así, Hugo pudo ver el de Elvis, captar su gesto de escalofriante dureza, el cierre de sus herméticos labios, la helada dureza de sus oscuros ojos. Y simultáneamente, la mano izquierda de Elvis se apoyó sobre la chaqueta de Hugo, apretando la mano contra el pecho, inmovilizándola. Un ramalazo de terror estremeció a Hugo, que jadeó:

—¿Qué...?

Oyó el chasquido, vio aparecer algo brillante en el oscuro interior del coche, pues el otro vehículo ya había pasado, y luego vio algo fulgurante acercándose a su cuello...

El impacto del cuchillo en su garganta sonó como algo blando y siniestro. Hugo Lutz brincó, de su boca brotó un fortísimo estertor, e inmediatamente se relajó y quedó inmóvil, con la cabeza echada hacia el borde del respaldo de su asiento, desorbitados los ojos.

Elvis estuvo así unos segundos, con el cuchillo hundido en la carne de Hugo, haciendo de tapón. Lo retiró luego lentamente, lo limpió pasándolo varias veces por los pantalones de Hugo en la parte de los muslos, lo dejó sobre el salpicadero y se quitó la chaqueta. Acto seguido, se subió la manga de la camisa, dejando al

descubierto el mecanismo que había «heredado» de Barry Shelly. Se aseguró de que el cuchillo estaba limpio, lo colocó de nuevo en el resorte que lo hacía salir disparado, y se puso de nuevo la chaqueta.

Si Hugo Lutz no hubiese estado ya muerto, se habría muerto de espanto al ver con qué calma, naturalidad, frialdad, ejecutaba Elvis cada uno de sus movimientos. Por su calma y sosiego parecía que se estuviese dedicando a encender un cigarrillo, simplemente. Y con la misma calma, Elvis abrió la portezuela, salió del coche, y desde allí se inclinó para asir a Hugo por la ropa,' tirando de él con cuidado, de modo que la sangre que brotaba ahora a lentos borbotones por su garganta perforada manchase sólo sus ropas, y no el coche, ni las manos de Elvis.

Segundos más tarde, el cadáver de Hugo Lutz era tirado a un lado de la carretera, fuera de ésta. Era imposible que alguien pudiese verlo antes de que fuese de día. Y para entonces, ciertamente, Elvis estaría ya muy lejos.

Impecable, inalterable, pasó ante el volante del coche, lo puso en marcha, y efectuó la maniobra para emprender el regreso hacia Busalla. Pero antes de alcanzar de nuevo esta población, detuvo el coche en un lugar apropiado, apagó todas las luces y el motor, y se quitó el zapato izquierdo. Arrancó el tacón, dejando al descubierto el pequeño radiorreceptor, y presionó el botón de llamada.

La respuesta llegó enseguida.

—¿Sí, mi amor? —Sonó la voz de Alice.

—¿Los has visto?

—Claro. Estoy tras ellos por la autopista. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Has tenido dificultades?

—Personales, ninguna. Pero no ha sido nada fácil seguir a tus amigos desde el principio. Sobre todo...

—Ya hablaremos de eso.

—Siempre tan brusco —rió dulcemente Alice—. ¿Has tenido tú dificultades?

—No, en absoluto. Ninguna.

—Si me llamas, supongo que es porque te has separado ya de tu pareja.

—Sí, en efecto. Nos hemos separado definitivamente.

La voz de Alice tardó unos segundos de más en volver a oírse.

—¿Lo has matado?

—No he tenido más remedio. En cuanto comenzó a preguntarme por mi paradero, comprendí que querían saber dónde estabas tú esperándome, para ir a por ti... después de eliminarme a mí, claro. Lo que significa que, o bien no conseguimos engañarlos, o, aunque se lo creyesen todo, no confían en nosotros lo suficiente para conservarnos después de resolverles el problema de la falta de un hombre.

—Puede ser cualquier cosa. ¿A quién viste?

—A Wartz.

—¿No viste al llamado Tom Crane, el amigo de Barry Shelly?

—No.

—¿Y al jorobado Michelángelo?

—Tampoco... Pero creo que él sí me vio a mí.

—Ah... ¿Viste alguna cámara de televisión, o algo así?

—Era una cámara de televisión. Ya te lo explicaré todo. Voy a tomar la autopista para reunirme contigo en Génova. No los pierdas de vista.

—¿Crees que podré hacerlo? ¡Soy tan tonta...!

—Hasta luego —gruñó Elvis.

Segundos después, tenía puesto el zapato, y ponía el coche de nuevo en marcha. ¿Tonta? Bueno, ciertamente, si de algo se podía acusar a Alice no era de tontería. Para hacer todo lo que ella había hecho desde que se separaron en Portofino había que ser muy especial. Mucho.

Pero esto no sorprendía en absoluto a Elvis North. Como tampoco se sorprendería cuando, al reunirse con Alice en Génova, ella le pusiese al corriente de todo cuanto le interesaba saber. Y sin un solo fallo.

Es decir, que valía la pena trabajar con Alice. La habría valido aunque, en realidad, hubiese sido frígida.

CAPÍTULO VI

Sólo que no era frígida, desde luego. Y nadie mejor que Elvis sabía esto.

Por fin separaron sus labios, que habían estado unidos en el largo beso dentro del coche que había estado utilizando Alice. El de Elvis había quedado abandonado en una calle de Génova.

—Bueno —suspiró Alice, tras el beso—. ¡Esto ya está mejor! Dime ahora qué ha ocurrido.

Elvis lo explicó todo, con su habitual concisión, pero sin descuidar un solo detalle. A continuación, le tocó el turno a Alice dar las explicaciones:

—Tal como habíamos convenido, me adelanté con el coche en dirección a Niza. Después de pasar la frontera de Ventimiglia, esperé a que pasaseis, y os siguió hasta Niza. Cuando os recogió la camioneta, os seguí también hasta la mansión... Y, como a pesar de que iba pasando el tiempo, no me llamabas por la radio, pensé que, o bien era que no ibas a pasar ahí la noche, o que algo te impedía hacerlo. De modo que me resigné a esperar. Cuando vi salir los tres coches, no supe qué hacer..., hasta que te vi en uno de ellos. Entonces, os estuve siguiendo toda la noche, y por la mañana, hasta Milán, y os vi entrar en el garaje.

—Respecto al garaje: ¿qué decisión tomaste?

—Ninguna. Nos ocuparemos de eso más adelante, si te parece bien.

—De acuerdo. Sigue.

—Vi salir los coches, pero ahora en cada uno de ellos iba solo un hombre. Y como ninguno de esos hombres eras tú, pensé que tú te ocuparías de los otros, y me dediqué a seguir los tres coches... ¡No ha sido nada fácil, te lo aseguro!

—Un juego de niños para ti... ¿O no?

—No tanto, no tanto. Y además, estoy muerta de sueño.

—Eso sí lo comprendo. En cuanto tomemos una decisión, buscaremos un lugar donde puedas dormir. Así que terminemos cuanto antes. Los seguiste hasta aquí, hasta Génova... ¿Sabes adónde llevaron a Rudolf Wasserman?

—A un yate llamado *Eolo*, de pabellón francés..., y que zarpó en cuanto Wasserman estuvo a bordo. Nuestros amigos Carlo y André dejaron de interesarme inmediatamente.

Sólo son carne de cañón.

—Desde luego. Bien... Un yate, ¿eh? ¿Qué opinas?

—Lo mismo que tú —sonrió Alice—: es un buen sitio para tener secuestrados a unos cuantos personajes. Claro que existe el riesgo de que Wasserman fuese embarcado en el *Eolo* sólo para trasladarlo a otro lugar sin tener que cruzar fronteras y sin que nadie pueda verlo. Pero, si esto fuese así..., ¿a qué lugar te parece que podrían estar llevando ahora a Wasserman?

—A la mansión cercana a Niza.

—Eso pensé. De modo que, o están todos en el *Eolo*, o están todos en esa mansión.

—Puede que no estén en ninguno de esos sitios.

Alice sonrió angelicalmente.

—Puede —admitió—. Pero nosotros tenemos todos los hilos de la comedia, mi amor.

Conocemos a todos los personajes, y podemos abordar el *Eolo* en cuanto sea localizado, cosa que no creo se demore mucho. Y en estas circunstancias, «presionar» adecuadamente a la gente del *Eolo* o de la mansión no sería ningún trauma para nosotros, ¿verdad? En realidad, sólo tenemos que decidir cuándo y cómo atacamos.

—Queda otro punto —murmuró Elvis.

—Sí. El punto de siempre: llegar hasta el fondo del asunto. Evidentemente, si los de la mansión de Niza se están, dedicando a secuestrar diplomáticos y militares, es por algo, tienen algún plan determinado. Además, convendría saber quiénes son exactamente. Porque eso de que una babosa con lentes y un jorobado dispongan de armas, casas, coches, yate, hombres... y quién sabe cuántas cosas más, no nos convence demasiado a ti y a mí. ¿Cierto?

—Cierto. Tengo algo que proponerte.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

Elvis se inclinó hacia una orejita de Alice, le dio un mordisqueo que la hizo reír, y luego le deslizó unas pocas palabras. Ella se irguió, y exclamó:

—¡Aceptado!

Una hora más tarde, en un pequeño hotel de la localidad costera de Arenzano, Elvis y Alice ocupaban una habitación con vistas al mar. Alice se desnudó rápidamente, y se tendió en la cama, mientras Elvis fumaba pensativamente, de pie ante la salida a la pequeña terraza.

—Mi amor —susurró ella.

—¿Sí? —Se volvió Elvis.

—Te estoy esperando —tendió ella los brazos.

—Creí que estabas muerta de sueño...

—Bueno, pero no tanto... Tú tampoco has dormido esta noche pasada, y todavía resistes. Y si resistes tú, resisto yo.

Elvis apagó el cigarrillo en un cenicero, se desnudó, y se tendió junto a Alice. Deslizó una mano suave por los turgentes senos de ella, que lo miraba dulcemente, vibrando por la caricia.

—¿Qué esperas? —susurró—. ¡Te aseguro que no soy frígida!

Elvis se inclinó, y la besó en la boca. Como siempre, una sensación de dulce fuego pareció penetrar en él al recibir el aliento de Alice. Ella se abrazó a él, apretándose con fuerza. El beso pareció que fuese a eternizarse, apoyado por las mutuas caricias, que finalmente los llevaron al contacto total, que hizo gemir deliciosamente a Alice... Cuando la unión fue completa y definitiva, el mundo desapareció de los pensamientos de Elvis y Alice, como siempre. Sólo quedaban ellos, envueltos en su amor que jamás, jamás terminaría...

Sí. Es cierto: la muerte es insaciable, y se vive solo para morir.

Pero en muchas ocasiones, vivir vale verdaderamente la pena.

Se quedaron dormidos abrazados después del amor. Era como si el mundo no existiese, realmente. Sólo ellos dos.

Pero el mundo existía, y ambos volvieron a él, a la realidad, cuando a sus oídos llegó el zumbido de la radio que Alice había dejado sobre la mesita de noche al desnudarse horas antes. Bastantes horas antes, porque al abrir los ojos quedaron cegados por el resplandor del sol que inundaba la pequeña terraza de la

habitación y parecía rebotar hacia el interior de ésta.

Todavía abrazados, se quedaron mirándose, mientras la radio seguía zumbando.

—Cielos —susurró Alice—, ¡debíamos estar muy cansados para haber dormido tanto!

—¿Contestas tú o contesto yo?

Ella le besó en los labios, brevemente. Giró en la cama, y alcanzó la pequeña radio.

—¿Sí? —admitió la llamada.

—¿Alice? —Sonó la voz de un hombre.

—Sí... Sí, desde luego.

—Aquí, la Www: ¿Comprende?

—Desde luego —rió la bellísima Alice, sentándose en la cama, y acariciando la cabeza de Elvis cuando éste la acercó y besó uno de sus pechos mientras acariciaba el otro—. ¿Qué ocurre? ¿Han localizado el objetivo?

—Bueno... Ésa es la cuestión: ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Si estuviese navegando, habría sido avistado. Debe haberse escondido en algún lugar cerca de Génova, donde usted nos avisó para que lo localizáramos.

—Un yate no desaparece así como así.

—Lo sabemos. Pero no está navegando, ni surto en puertos oficiales. Naturalmente, vamos a seguir buscando, pero...

—No. Olvídenlo.

—¿Cómo vamos a olvidarlo? —exclamó el informante—. ¡Tiene que estar en alguna parte, de modo que seguiremos buscándolo, y le aseguro que lo encontraremos! Pero no parece que vaya a ser fácil, de modo que he decidido avisarla, por si eso cambia sus planes de algún modo. —He dicho que lo olviden.

Hubo un breve silencio al otro lado antes de que volviese a oírse la voz del hombre, un tanto resentida.

—Le aseguro que hemos estado buscando toda la noche, y con más intensidad desde que amaneció...

—Estoy segurísima de ello. Ahora, dedíquense a descansar hasta nuevo aviso. Es todo. Cerró la radio, la dejó en la mesita de noche, y acarició de nuevo la cabeza de Elvis, que se había tumbado y la apoyaba en su regazo.

—Bueno, ya has oído, mi amor —murmuró.

—Sí —asintió Elvis—, ya he oído. No encontrarán el *Eolo*, por mucho que busquen. No lo encontrarían aunque lo tuviesen ante las narices.

—Lo que quieres decir es lo mismo que yo pienso: han cambiado el nombre del yate y su bandera. ¿No es así?

—Desde luego. Podemos despedirnos de encontrarlo.

—Eso me temo. Quizá debí actuar más directamente...

—¿Quieres decir abordar el yate cuando lo tenías ante ti en Génova? Seguramente ahora estarías muerta.

—Quizá tengas razón —asintió Alice—. Pero el hecho cierto es que estoy viva. ¿Se te ocurre algo para celebrarlo?

—Más o menos —murmuró Elvis, girando para besarle el vientre—, lo mismo que a ti.

Era cierto. A los dos se les había ocurrido lo mismo para celebrar la supervivencia de Alice. Y lo celebraron cumplidamente, pues las nueve horas dormidas los habían dejado en perfectas condiciones para la celebración.

Y después, satisfechos, felices y relajados, con el último beso lento y profundo todavía palpitante en sus labios, Elvis propuso:

—¿Te parece que desayunemos por el camino?

—¡Oh, sí! —exclamó ella alegremente—. ¡Me gustaría hacerlo en cualquier pueblecito de la costa, bajo el sol...! ¿Qué te parece?

—El día que no te complazca —musitó Elvis— será porque estaré muerto.

—Ese mismo día —susurró Alice— yo moriría de tristeza, mi amor. ¿Por qué tienes que decir cosas como ésas, que me preocupan tanto?

* * *

Michelángelo estaba muy preocupado en su salita privada cuando sonó la llamada a la puerta, que se abrió inmediatamente, dejando visible a Hermann Wartz, que se acercó rápidamente.

—Tenemos visita —dijo.

El jorobado alzó las cejas.

—¿Hugo Lutz? No era necesario que viniera; habría bastado con que hubiese telefonado informando que había cumplido la orden.

—No es Hugo. Es una mujer. Una chica rubia, muy hermosa..., que dice llamarse Alice.

En la hermosa boca de Michelángelo hubo una crispación.

—¿Alice? ¿No es ése el nombre de la amiga frígida de Elvis?

—Sí. Es ella.

—¿Cómo nos ha encontrado?

—Dice que sólo hablará con el jefe de nuestro grupo, y que tiene la seguridad de que yo no puedo serlo, porque le parezco... insignificante.

Michelángelo parpadeó. De pronto, sonrió, divertido.

—Tráela aquí, Hermann.

Segundos más tarde, Alice aparecía en el saloncito, precedida de Hermann Wartz, que la miraba de soslayo y no precisamente con afecto. Nada más verla aparecer, Michelángelo se puso en pie, en un movimiento instintivo, impresionado ante la belleza y el porte de la rubia alta, esbelta y elegante llamada Alice, en cuyos verdes ojos había un destello entre divertido y curioso. Michelángelo se dio perfecta cuenta de que no había en la expresión de Alice ni repulsión ni compasión; ni siquiera sorpresa, ante un hombre poco corriente, retorcido, contrahecho. Alice quedó ante él, mirándole. Eso fue todo.

—Buenas tardes, señorita Alice —sonrió Michelángelo—. ¿Gusta sentarse?

Alice miró alrededor con gesto especulativo. Luego, sin contestar, ocupó un sillón, y Michelángelo volvió a sentarse en el suyo. De pie entre ambos y un poco retrasado, Hermann Wartz no perdía de vista a la preciosa visitante.

—¿Café? —ofreció Michelángelo.

—Sí, gracias. Muy amable.

El jorobado miró a Wartz expresivamente, y éste salió del saloncito, un tanto irritado.

Michelángelo emitió una risita.

—Ha herido usted el orgullo de Hermann. A nadie le gusta que le llamen insignificante.

—Lo comprendo. Pero las cosas son como son. Usted es jorobado, le guste o no. ¿Por qué no aceptarlo? Hay cosas peores que ser jorobado.

—¿De veras? —se interesó Michelángelo—. ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ser insignificante... O ser cretino. Usted es jorobado, pero no cretino. Yo diría que es muy inteligente. ¿Cierto?

—Creía serlo, pero ya no sé qué pensar. ¿Cómo me ha encontrado usted?

—Seguí a sus hombres y a Elvis cuando vinieron aquí desde Portofino. No se sorprenda —sonrió—, hace tiempo que llevo una vida... poco corriente, de modo que estoy acostumbrada a estas cosas. —Ya... Admirable.

—Gracias. ¿Cuál es su nombre?

—Michelángelo Vinci —sonrió éste.

—¿De veras? —exclamó Alice—. ¡Es muy chocante! ¿Debo interpretar que usted cree reunir las cualidades de tan grandes genios, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci?

—Simplemente, me llamo así —rió el jorobado—. Es usted un personaje muy interesante, Alice. Me gusta.

—Mil gracias.

Wartz reapareció, silencioso, y fue a ocupar un sillón. Michelángelo lo miró, todavía sonriente.

—¿Has pedido el café?

—Claro.

—Bien —el jorobado volvió a mirar a la rubia Alice—. Bueno, señorita Alice: ¿puede decirme en qué puedo servirla?

—Oh, sí. He venido a por los cincuenta mil dólares de Elvis.

Hermann Wartz lanzó una exclamación, mientras Michelángelo quedaba estupefacto.

—¿Cincuenta mil dólares? —pudo murmurar, por fin—. ¿En concepto de qué?

—Por dos conceptos. Uno, el servicio que prestó a su grupo en el secuestro de Rudolf Wasserman. Dos, en concepto de... multa por la orden que tenía Hugo de asesinarlo después de terminado el trabajo.

Ahora estaban estupefactos los dos hombres. Y de nuevo el primero en reaccionar fue Michelángelo.

—Asombroso —murmuró—. ¡Asombroso! ¿Debo entender que Hugo quiso matar a su amigo Elvis?

—Usted sabe muy bien que sí. Pero, naturalmente, Elvis fue quien mató a Hugo. Luego, fue a recogerme al punto

, y tras cambiar impresiones, decidimos hacerle esta reclamación a usted. Se ha portado muy mal, Michelángelo.

—¿Me creería si le dijese que yo no sabía lo que Hugo se proponía hacer?

—No. Y le advierto que se ha buscado usted muy malos enemigos. Elvis y yo no acostumbramos ser tan pacientes. Si no fuese porque necesitamos dinero, habríamos planeado otra cosa.

—Otra cosa... ¿Por ejemplo?

—Habríamos arrasado esta casa. Bien..., ¿me entrega usted los doscientos cincuenta mil dólares?

Wartz pegó un brinco en el sillón, y esta vez incluso Michelángelo lanzó una exclamación.

—¿Doscientos cincuenta mil? ¡Ha dicho usted cincuenta mil!

—Ésos son para Elvis. Yo quiero doscientos mil para mí, a cambio de no informar a las autoridades francesas, o a algunos servicios secretos, de que es usted quien está dirigiendo estos secuestros que últimamente se están llevando a cabo en Europa. Ya sabe: militares, diplomáticos, economistas... ¿Me explico?

—¡Está loca! —chilló Wartz—. ¡Está usted loca...!

—Ahora serán trescientos mil —le miró sonriente Alice—. No me gusta que me insulten. Y le advierto, Wartz, que no tengo inconveniente en llegar a los quinientos mil.

Hermann Wartz comenzó a abrir y cerrar la boca como si se estuviese asfixiando. Michelángelo se recuperó de su pasmo creciente, y volvió a reír.

—Señorita Alice, ¿es usted fascinante! Y muy atrevida. ¿No se le ha ocurrido pensar que podríamos matarla, sencillamente?

—Michelángelo —sonrió Alice de nuevo—: tóqueme usted tan sólo un cabello, sólo eso, y muy pronto sabrá de qué es realmente capaz Elvis cuando se enfada. No me considere tan valiente, por favor. Es sólo que Elvis y yo tenemos la certeza de que usted no echará a perder sus planes a cambio de mi insignificante vida o de unos pocos dólares. ¿Me equivoco?

—No —aceptó el jorobado—. No se equivoca. Pero espero que entienda que no tengo trescientos mil dólares aquí, Alice.

—Oh, sí, lo entiendo. No tengo prisa. Esperaré. ¿Les importa que informe de ello a Elvis?

—Adelante —autorizó Michelángelo.

Alice sacó del escote la pequeña radio, y efectuó la llamada.

—¿Sí?

—Elvis, no tienen el dinero en casa. Voy a quedarme hasta que lo consigan.

—No digas tonterías. Sal de ahí, y ya volverás.

—Oh, me gusta el lugar... Además, hay un jorobado llamado Michelángelo Vinci que me parece un hombre muy inteligente y simpático. Es agradable conversar con él. Me quedo.

—Alice...

—No temas nada. Ya te digo que Michelángelo es inteligente, así que no intentará nada contra mí. De todos modos, si no te voy llamando cada tres horas significará que alguien ha cometido alguna estupidez. Hasta la vista.

Cortó la comunicación, guardó la radio, y miró a uno y otro hombre, que la contemplaban fijamente. Antes de que ninguno de los tres pudiese decir nada, apareció un criado, empujando una mesita rodante en la que portaba el café. Permanecieron todos en silencio mientras lo servía. Y sólo cuando el hombre hubo salido, Michelángelo dijo:

—Parece que Elvis y usted están muy bien preparados... y compenetrados.

—Se desmayaría usted del susto si supiese las cosas que hemos hecho juntos Elvis y yo —aseguró Alice.

—¿Tanto? —volvió a reír el jorobado.

—¡Huy...! ¡No crea que exagero! Elvis y yo somos..., ¿cómo se lo diría...? ¡Terribles! Sí, terribles. Sobre todo, con los malos bichos como usted y sus amigos, Michelángelo. No está bien ordenar el asesinato de los propios colaboradores.

—No, no está bien —admitió Michelángelo—, pero tenía que hacerlo, ya que no podía confiar en la bondad de Elvis. Tenía necesidad urgente de un hombre, pero estaba convencido de que Elvis era un aventurero de baja estofa, indigno de mis planes, de modo que decidí eliminarlo.

Alice, que había entornado los párpados, susurró:

—No comprendo muy bien lo que ha dicho. ¿Quiere ser más concreto, por favor? ¿Sugiere que usted es... una buena persona y que temía que Elvis no estuviese a su nivel en bondad?

—Exactamente.

—¿Se considera una buena persona, Michelángelo? ¿Usted?

—Sí. Yo. Y todos mis colaboradores.

—Ya... Y para demostrar lo buenos que son, se dedican a secuestrar personajes importantes de Europa.

—Reconozco que estamos causando preocupaciones y molestias a muchas personas, pero es un mal muy pequeño para conseguir un bien muy grande.

—Un bien muy grande..., ¿para quién? —murmuró Alice.

—Para el mundo entero.

CAPÍTULO VII

Alice se quedó mirando con extraordinaria fijeza a Michelángelo. Luego, bebió un sorbo de café, siempre mirándolo. Dejó la taza, y sólo entonces parpadeó. Ésa fue su única reacción.

Michelángelo sonrió.

—La he sorprendido, ¿no es cierto?

—Mucho.

—Hace un día espléndido, ¿no le parece?

—Un día precioso —asintió Alice.

—A esta hora primera de la tarde, suelo tomar un poco el sol, y nadar en la piscina. ¿Le gustaría acompañarme? Claro que si no le gusta a usted tomar el sol...

—Es lo que más me gusta —murmuró Alice.

—Lamentablemente, no tengo ropa adecuada para que una mujer...

—No se preocupe por eso, Michelángelo. Podemos salir a tomar el sol cuando usted guste.

—Me reuniré con usted junto a la piscina en cuanto me haya cambiado. ¿De acuerdo? Alice asintió, se puso en pie, y salió del saloncito. Lo hizo pocos segundos después de la casa, caminando directamente hacia la piscina. Allí, sobre el césped, se quitó toda la ropa excepto los diminutos pantaloncitos de color azul celeste, y se tendió directamente sobre la hierba, notando en sus pechos, vientre y muslos la caricia del sol. ¿Un bien para el mundo entero? ¡No se perdería la explicación de aquello por nada del mundo!

Cerró los ojos, y la caricia del sol se extendió también por sus facciones, ahora relajadas. Sabía que estaba rodeada de pinos y de arbustos de flores. Y sabía que el pequeño pabellón que Shelly había mencionado estaba a su derecha. Eso era todo. No había visto a

nadie por allí, no parecía que hubiese gente armada vigilando nada de nada...

—Tiene usted un cuerpo maravilloso, Alice.

Ésta abrió los ojos, vio a Michelángelo de pie junto a ella, ataviado con un albornoz blanco, mirándola amablemente. Alice se sentó, y sus divinos pechos oscilaron con elástica brevedad.

—Gracias —murmuró.

Miró hacia la casa, frente a la cual estaba Wartz, observándolos. Michelángelo se sentó a su lado, y el albornoz se abrió, mostrando sus piernas esqueléticas, de piel bronceadísima bajo la increíble cantidad de vello. Era un hombre físicamente horrible, desde luego. Pero... ¿y si fuese cierto lo que había dicho?

—Tengo la impresión —comenzó a hablar de pronto el jorobado, mirando los espléndidos muslos de Alice— que usted es una aventurera que ha corrido mucho mundo. ¿Es así?

—Sí.

—¿Y qué le parece el mundo?

—El mundo es hermoso.

—Entiendo. —Michelángelo alzó su sonriente mirada hacia los hermosos ojos de Alice—. Haré la pregunta de un modo más concreto; ¿qué le parece la gente que puebla el mundo?

—Lamentablemente, y en líneas generales, un asco. Aunque habría que matizar esto: no es la gente corriente la que me produce asco, sino quienes manipulan a la gente corriente.

—Completamente de acuerdo. Estamos hablando ahora de aquellas personas que tienen poder, ya sea visible u oculto, de multinacionales, de grupos políticos que secretamente presionan a los hombres que ostentan el poder oficial. ¿Es así?

—Exactamente es así.

—Bien. Vamos a tomar como ejemplo Europa, el pequeño y viejo continente. Hay muchos países, muchas fronteras, muchos intereses económicos, políticos, sociales... Se han formado organismos como la NATO, el Pacto de Varsovia, el Mercado Común, y hasta tenemos un edificio en Ginebra sede de la ONU en el continente. Fíjese bien en ello... Por un lado, podemos considerar que la ONU es un organismo de... contención, en el que, oficialmente, prevalece la buena voluntad. Por otro lado, tenemos la NATO y el Pacto de Varsovia, cuya existencia implica la

desconfianza entre los dos grandes bloques políticos del continente; unos se vigilan a otros. Tenemos el Mercado Común, que parece una solución más o menos aceptable..., pero se dificulta el ingreso de todos los países europeos... ¿Y todo ello por qué? ¿Por qué toda esta serie de contradicciones?

—¿Porqué?

—Pues porque, realmente, a los verdaderos dirigentes de la masa no les interesa el acuerdo completo, total, efectivo. Tienen sus buenos motivos para mantener la tensión y las rivalidades. ¿Le parece acertado esto?

—Siga. Le escucho con sumo interés.

—Yo he llegado a la conclusión de que no sólo Europa, sino todo el mundo, no ha llegado a un acuerdo total en todos los órdenes porque los seres que a mí me dan asco, no lo desean. Se dice que es imposible, o muy laborioso, el entendimiento entre bloques políticos, y hasta entre países vecinos. No es cierto. El entendimiento es facilísimo..., siempre y cuando exista una verdadera buena voluntad en conseguirlo. Si existe esa buena voluntad auténtica, se tardaría muy poco en conseguir una total armonía en Europa, y en todo el mundo.

—¿Usted cree que no existe esa auténtica buena voluntad?

—No existe. Todo son patrañas, todo mentiras. Los dirigentes juegan con la masa humana. Si su voluntad de entendimiento fuese sincera, en sólo unos días se conseguiría. Y eso es lo que quiero demostrar. Mejor dicho, voy a demostrar una de estas dos cosas: o bien que la armonía total es factible, o bien que hay seres a quienes no les interesa esa armonía total en el mundo.

—¿Y cómo puede usted demostrar una de esas dos cosas?

—Es sencillo. Efectivamente, hace unos meses que me estoy dedicando al secuestro de diplomáticos, militares, economistas... Gente importante de la estrategia, las relaciones internacionales, la economía... Tengo ya una docena de esos hombres relevantes. El último ha sido, como usted bien sabe, Rudolf Wasserman. Con él he completado mi equipo para la elaboración del Plan Total de Armonía Mundial. Wasserman debe estar ya trabajando en los últimos toques del Plan, con el cual podré demostrar ante quien sea que la armonía total es factible, y que si no se pone en marcha esa armonía es porque «alguien» no quiere que esto suceda...

—Espere un momento... ¿Usted ha secuestrado a todos esos personajes sólo para que le elaboren un plan... de Armonía Mundial?

—Exacto. Aunque, en principio, están terminando el que corresponde a Europa, que servirá de ejemplo. Dentro de muy poco, Alice, yo podré presentar ese plan de armonía y paz mundiales. Tengo proyectado solicitar una reunión de alto nivel en el edificio de la ONU en Ginebra. Exigiré que se reúnan en ese edificio los más importantes gobernantes y políticos diversos de toda Europa. Exigiré que me escuchen, que escuchen el Plan. Entonces, sólo tendrán dos caminos. Uno: aceptar el Plan, con lo que la Armonía Mundial se pondría en marcha. O rechazarlo, en cuyo caso quedarían descubiertas de una vez por todas las mentiras, las falacias, las patrañas de la clase dirigente europea... ¿Me entiende usted?

—De principio a fin —asintió Alice—. Pero me pregunto qué necesidad tenía usted de alarmar a Europa recurriendo al secuestro de esos personajes. ¿Por qué no recurrió a ellos directamente?

—No me habrían escuchado. Y no me pareció prudente exponer mis planes a hombres que seguían en contacto con la suciedad general. Por eso, opté por secuestrarlos. Y fíjese que en algunos casos, como el de Wasserman, he querido dar la impresión de que el propio secuestrado tenía algo que ver con su secuestro. ¿Por qué? Pues porque de este modo he creado un clima de desconcierto, de expectación; y porque de este modo, cuando yo exponga mi plan en Ginebra, me escucharán con atención, pensando que todos o casi todos los secuestrados en realidad forman parte de mi élite de seleccionados para la paz.

—Pero ellos fueron secuestrados, simplemente.

—Sí... Es cierto. Y con algunos de mis... invitados he tenido problemas, pero digamos que he logrado convencerles de que colaboren en el PTAM. Les expliqué claramente qué esperaba de ellos, y aunque al principio me dijeron que estaba loco y que no se podía hacer nada, fueron cambiando de opinión...

—¿Con malos tratos?

—Bueno... Pequeñas dificultades que fueron resueltas. Nada que se deba lamentar definitivamente. Y ahora, por fin, tengo casi resuelto el PTAM, y quiero ir con él a Ginebra.

—No querrán escucharle, no conseguirá usted reunir en la ONU a los personajes importantes que sería de desear.

—Quizá no todos, pero sí la mayoría. Tengo pensado presionarlos adecuadamente, utilizando a mis invitados. Sé muy bien que no estoy haciendo las cosas de modo amable, pero yo pienso firmemente que el fin justifica los medios... De modo que exigiré la presencia de todos los gobernantes, amenazando con las muertes de todos mis invitados si no me complacen.

—Pero... ¿los mataría usted si no aceptasen esa reunión en la ONU?

—¡Claro que no! —exclamó Michelángelo; y acto seguido sonrió astutamente—. Pero ellos no lo saben... ¿Y cómo van a decirles al mundo que han permitido el asesinato de una docena de eminentes ciudadanos europeos sólo por no aceptar una reunión en la que se les iba a exponer un plan para la paz y la armonía del mundo?

—De modo —sonrió Alice—, que tendrán que aceptar, tendrán que recibirlo a usted, todos reunidos, en la ONU de Ginebra.

—Eso espero —asintió Michelángelo—. Como comprenderá usted, en estas circunstancias, la vida de un aventurero en el cual no sabía si podía confiar, no me parecía un precio... demasiado alto. Me refiero a su amigo Elvis, claro.

—Sí, entiendo. Dígame, Michelángelo: ¿quién le financia a usted? ¿O es millonario...?

—¡Nooooo...! —exclamó el jorobado, riendo—. ¡Pero me gustaría serlo, desde luego! El dinero es agradable... Podría tener en propiedad una casa como ésta, y otras muchas cosas que hacen confortable la vida, pero lo cierto es que mi «fortuna» personal se reduce a un par de millones de liras, que tengo en un Banco italiano. ¿Quién financia la operación? Bueno, dos o tres amigos que sí tienen algo de dinero, y que, al parecer, están tan locos como yo. Sí, ellos tienen bastante dinero, pero me temo que no les resultará fácil reunir trescientos mil dólares para usted. ¡No sabe los sacrificios que han tenido que hacer para ir pagando a los demás, a la gente que ha hecho el trabajo directo! Claro está, esperamos que cuando todo termine, mis amigos serán resarcidos de esos gastos gracias a la generosidad de algunos de los gobiernos, que a fin de cuentas habrán salido beneficiados. Lo malo será si rechazan el Plan. Entonces, habremos perdido el tiempo y el dinero de mis

amigos.

—Eso sería muy desagradable...

—Bueno —movió la cabeza Michelángelo—. Sí, lo sería. Es como jugar a la ruleta: se puede perder..., pero se puede ganar mucho. Y aunque mis amigos y yo esperamos ganar mucho con esta jugada, le aseguro que ése no es el motivo básico de nuestra jugada.

Alice quedó largamente pensativa, fija la mirada en las refulgentes aguas de la piscina.

Por fin, volvió a mirar a Michelángelo.

—¿Por qué me ha contado todo esto? ¿Por qué se ha sincerado conmigo? —murmuró.

—Le diré la verdad. Su amigo Elvis me pareció... un hombre un tanto peculiar. Muy hermético, ¿comprende? De ninguna manera pude clasificarlo. En cambio, usted es diáfana.

—¿Diáfana?

—Es transparente. Digamos que para mí, sus ojos son como los... cristales lípidos y transparentes que me permiten asomarme a su interior. Y lo que veo en su interior, me gusta.

Se quedaron mirándose. Por fin, Alice asintió, sonriente.

—¿Tiene ya pensado el modo de convocar esa reunión en Ginebra? —preguntó.

—Estoy reflexionando sobre el modo de hacerlo...

—Elvis y yo tenemos algunos contactos interesantes en Europa. Amigos... extraños, pero convenientes. Quizá podríamos ayudarle en eso, Michelángelo.

—¿Lo harían? —exclamó el jorobado—. ¡Eso sería...! No. No, no, no... Escuche, prefiero que se mantengan al margen, me conformo con que no intervengan; si lo hiciesen, su amigo se vería obligado a decir quién soy yo, quién tiene a los personajes secuestrados, y eso sólo ocasionaría dificultades.

—¿Quién acudiría a esa reunión en Ginebra con los gobernantes citados? ¿Usted?

—Sí, naturalmente. Pero no deseo ser identificado, por el momento, de modo que tenía pensado avisar de que a la reunión iría... un jorobado que debía tener acceso libre a la sala donde se celebre la reunión, y que ese jorobado debía ser escuchado.

—Elvis puede preparar eso, Michelángelo.

—¿Sin mencionar mi nombre? ¿Sin informar de todo lo que

ustedes saben sobre mí, sin adelantar ninguna información, sin añadir nada, diciendo solamente que reciban a un jorobado que les expondrá el Plan Total de Armonía Mundial? ¿Sin arriesgar, por imprudencia o mala fe, mis proyectos?

—Sí. Puede hacerlo así.

—¿Cómo es posible? ¿Quiénes son ustedes?

Alice sonrió.

—Dos aventureros muy especiales. Podemos hacerlo, se lo garantizo. Sé que usted podría convocar esa reunión de todos modos, así que lo único que pretendo es ayudarle, simplificarle el trabajo, evitarle molestias y riesgos, precisamente.

—¿Iría usted con Elvis?

—No. Yo me quedaría aquí, tomando el sol. Me encanta.

Michelángelo quedó profundamente pensativo durante unos segundos. Luego, lentamente, se puso en pie, se quitó el albornoz, quedando solo con un bañador negro, y se dirigió al borde de la piscina, desde donde se arrojó al agua. Estuvo nadando un par de minutos antes de acercarse al borde de la piscina, acodarse allí, y murmurar:

—De acuerdo.

Alice buscó entre sus ropas, tomó la pequeña radio, y llamó.

—¿Sí? —Sonó la voz de Elvis.

—¿Te molestaría ir a Ginebra, mi amor?

—¿Qué tengo que hacer en Ginebra?

—Colaborar en el Plan Total de Armonía Mundial.

—¿Qué es eso?

—Pues eso es...

Cuando Alice terminó toda la explicación, hubo unos segundos de silencio por parte de Elvis. Luego:

—Todo esto es absurdo. No me gusta.

—¿Por qué no?

—No me gusta.

Alice miró a Michelángelo, que había vuelto a sentarse junto a ella, y sonrió.

—Si te preocupas por mí, olvídale. A estas alturas, nuestro amigo Michelángelo sabe ya que tenemos suficientes amigos y recursos para terminar con él si juega sucio. Por poco inteligente que sea, y creo que lo es mucho, ya ha comprendido que podemos

conseguir la ayuda suficiente para aplastarlo a él y a sus amigos.
¿Qué opinas de esto?

—Es razonable. Pero sigue sin gustarme.

—Lo que significa que no quieres ir a Ginebra y dejarme aquí sola un par de días.

—Iré a Ginebra —gruñó Elvis.

Y cortó la comunicación.

CAPÍTULO VIII

La noticia sobre la sorprendente propuesta de un jorobado apareció a la tarde siguiente en los periódicos. Al día siguiente a la aparición de esta noticia, el revuelo político y militar era total en Europa. Por la tarde de ese mismo día, las cábalas respecto a la aceptación o rechazo del PTAM por parte de los gobiernos europeos era el programa base de las emisiones radiofónicas y televisivas. Por la mañana del segundo día se hizo pública la noticia de la primera aceptación de un gobierno para escuchar al jorobado donde quisiese y como quisiese. Era como la respuesta a un desafío. Por la tarde del mismo día, cuatro gobiernos más aceptaron la reunión y el lugar: la sede de la ONU en Ginebra.

Y, mientras se especulaba sobre la inminente aceptación de otros gobiernos, aquella tarde llegó a la mansión cercana a Niza un personaje sobre el cual Alice se había estado preguntando su paradero y hasta dudando de su existencia: Thomas Crane, el amigo que Barry Shelly había mencionado.

Tom Crane llegó a la casa sonriente, eufórico. Fue recibido inmediatamente por Michelángelo en la salita, donde el jorobado comentaba la marcha del asunto con Hermann Wartz y su invitada, la rubia y bellísima Alice. Crane llegó portando un enorme portafolios, que puso directamente en las manos de Michelángelo.

—Terminado —dijo, con tono triunfal.

—¿Los prisioneros están bien? —se interesó en el acto Michelángelo.

—Por supuesto. Y muy satisfechos. Les hemos permitido escuchar la radio, y parece que finalmente han comprendido lo grandioso del Plan en el que han tomado parte.

—Lo que quiere decir —murmuró Alice— que están contentos.

El recién llegado alzó las cejas mirando a Alice, y luego miró a Michelángelo, que sonrió. —Se llama Alice— presentó—, y también ha colaborado. Alice, éste es Tom Crane, otro de nuestros colaboradores.

—Según entiendo, los prisioneros están a su cargo.

—Así es. Y aquí. —Michelángelo palmeó el grueso portafolios— tenemos el fruto de todo el esfuerzo realizado por todos... ¡Voy a salir esta misma noche para Ginebra! Sí... ¡Esta misma noche! ¡Y mañana estaré en la ONU! Bueno, hay un pequeño problema... ¿Cómo voy a avisar para la reunión? Podríamos enviar un telegrama, pero me parece arriesgado... La verdad es que todavía no me fío, no acabo de creer que hayan aceptado... ¿Y si fuese una encerrona? Pero no, porque saben que tengo a los prisioneros...

—Yo puedo resolver eso —dijo Alice.

—¿De qué modo? —La miró vivamente Michelángelo.

—Elvis ya está de nuevo en Niza. Puedo indicarle que pase el aviso para concertar la entrevista mañana mismo. Como es lógico, debe estar en contacto con algunos amigos de Ginebra.

—Sí... ¡Espléndido! Si, por favor, Alice, hágalo.

—¿No sería mejor echar antes un vistazo a toda esa documentación del PTAM? —señaló Alice el portafolios.

—¿Para qué? ¡Tengo tiempo toda la noche y hasta la hora de la reunión para examinarlo!

—Es que a mí me gustaría echarle un vistazo —sonrió Alice.

Michelángelo ladeó la cabeza, y Alice pudo ver claramente en sus ojos el destello de desconfianza.

—¿Para qué? —musitó el jorobado.

—Curiosidad personal.

—¡Escuche! —estalló Wartz—. ¡Usted no es quién para...!

—Cálmate, Hermann —lo miró apaciblemente Michelángelo—. Alice tiene razón. Y tiene derecho a conocer el Plan.

—¡Ella no tiene derecho a nada! ¡Es sólo una aventurera...!

—Cálmate —repitió Michelángelo, ahora secamente—. Yo soy quien torno las decisiones aquí. Y mi decisión es que Alice conozca el Plan, porque creo que tiene derecho. Eres lo bastante inteligente para comprender que si ella y Elvis hubiesen tomado otra actitud con nosotros, a estas horas todo estaría ya estropeado, ¿no es cierto, Hermann? Eso es... Veo que lo comprendes. Sin embargo —

Michelángelo volvió la mirada hacia Alice—, lo haremos a mi manera, Alice.

—¿Qué manera?

—No tenemos tiempo para perder en lecturas. Quiero salir de aquí cuanto antes...

¿Qué hora es?

—Las siete menos cuarto —dijo Crane, tras consultar su reloj de pulsera.

—Las siete menos cuarto... Puedo estar listo dentro de una hora. Y naturalmente, tengo que llevarme el Plan a Ginebra. Llegaré esta misma noche, me alojaré en un hotel... ¡No, no, no! Nada de eso... Dormiré en el coche. Eso haré... No quiero que me vea nadie hasta que llegue a la ONU. ¡Nadie!

—Lo verán al cruzar la frontera —dijo Alice—. Y cuando vean un jorobado...

—Supongo que habrá más jorobados en Europa, ¿no? —Gruñó Michelángelo; de pronto, sonrió—. Pero además, ¡no me verán! Hermann, ve a decirle a Pierre que prepare inmediatamente el coche con el asiento de atrás hueco... ¡Pasaré metido en ese asiento!

Pierre conducirá... ¡Sí, perfecto!

—Pero eso puede ser muy peligroso —murmuró Wartz.

—Sólo incómodo —intervino de nuevo Alice—. No creo que en la frontera se dediquen a levantar asientos. Eso sólo lo hacen cuando han recibido algún chivatazo sobre contrabando... De todos modos, es un riesgo.

—Prefiero ese riesgo, y tener que explicar entonces quién soy y adónde voy, a ser reconocido desde el primer momento —zanjó la cuestión Michelángelo—. Bien... Ah, sí, el PTAM. Bueno, haremos una fotocopia de todo el Plan para usted, Alice. ¡Así tendrá lectura para toda la noche! —rió—. Y una lectura maravillosa... ¿Quieres otra fotocopia para ti, Hermann?

—Me parece que yo no lo entendería —gruñó Wartz.

—Entonces, haremos sólo una, para Alice. Bien, voy a...

—Michelángelo —preguntó Alice—, ¿dónde vamos a hacer las fotocopias?

—Oh, en el cobertizo que hay ahí fuera. Es una especie de oficina, donde hay de todo. Bueno, espero que la fotocopiadora que vi funcione... Parece ser que la casa pertenece a alguien que tenía

gran cantidad de negocios, y en lugar de tener un despacho aquí dentro, se aisló en el cobertizo. ¿Tú sabes si la copiadora funciona, Hermann?

—No, no lo sé. No voy por allí para nada. Debe estar todo lleno de polvo, supongo.

—Bueno, lo intentaremos. Y si no es posible obtener las fotocopias —Michelángelo miró de nuevo a Alice—, pues... ¡mala suerte! ¿De acuerdo, Alice?

—De acuerdo. Yo misma me puedo encargar de...

—Yo lo haré —gruñó Wartz—, estoy harto de verla meter su nariz en todas partes. Se lo voy a decir claramente, jovencita: no me gusta usted. La he estado vigilando, ¿sabe?, y la he visto fisgándolo todo. Incluso la vi merodeando por el cobertizo... ¡Y estoy seguro de que si no entró fue porque se dio cuenta de que yo la vigilaba! Esta casa no es de usted. Ni siquiera nuestra, así que cuando nos vayamos de aquí, quiero que todo esté en orden... ¿Comprende?

—Comprendo —sonrió Alice—. Del mismo modo que comprendo que no se puede llamar insignificante a nadie sin provocar su rencor.

—¡Usted no...!

—¡Ya basta! —cortó Michelángelo—. Esta discusión es absurda. Crane: ¿todo está bien allá?

—Desde luego.

—En ese caso, no hace falta que regreses esta misma noche. Puedes quedarte aquí a descansar, y mañana regresas. Hermann, ve a decirle a Pierre que prepare el coche, y espérame en el cobertizo, para hacer esas fotocopias para Alice. Bueno..., sólo falta que Alice avise a Elvis para saber si éste puede advertir mi llegada a Ginebra mañana por la mañana. ¿Alice?

Alice asintió, y recurrió a su radio, de la que no se separaba.

—¿Elvis?

—Sí, dime.

—Tenemos ya aquí el PTAM. Tienes que...

—¿Lo ha traído el sujeto que ha llegado hace poco?

—Sí. Bien, estamos llegando al final. Tienes que...

La conversación duró un par de minutos, entre Alice y Elvis. Cuando Alice cerró la radio, todos parecían satisfechos, pese a que Elvis había dicho que sólo podría dar seguridades de que el mensaje

llegaría a Ginebra cuando hubiese transcurrido media hora como mínimo.

No hubo problemas. Treinta y cinco minutos más tarde, cuando ya el coche estaba preparado, y Michelángelo se había vestido para el viaje, sonó la radio en el escote de Alice.

—¿Sí?

—El mensaje está en camino —sonó la voz de Elvis—; esta misma noche los interesados sabrán que mañana Michelángelo llegará a la sede de la ONU. ¿Estás bien?

—Por supuesto, mi amor. Un momento: creo que Michelángelo quiere decirme algo... ¿Sí, Michelángelo?

—Dígale a Elvis que venga a la casa —ofreció el jorobado—. Ya no tiene objeto que ande por ahí como un alma errante.

—Mi amor —rió Alice—, acaban de invitarte a instalarte en esta hermosa mansión.

—Lo he oído. De acuerdo, voy a entrar.

Pocos minutos más tarde, el impresionante Elvis aparecía en el saloncito, precedido de Pierre. Michelángelo se acercó a él, con la mano tendida.

—Gracias por todo —murmuró—. ¿No me guarda rencor?

Elvis contempló con gesto sombrío la mano del jorobado, pero la aceptó. Luego, simplemente, como si ni siquiera hubiese visto a Alice, fue a sentarse en un sillón. Y Alice, que captó la mirada sorprendida de Michelángelo, se echó a reír.

—Buen viaje, Michelángelo —deseó.

—Gracias. Bien..., hasta la vista a todos. Vamos, Pierre. Hermann, ven conmigo: haremos las fotocopias antes de marcharme.

En el saloncito quedaron solamente Tom Crane, Elvis y Alice. Ésta se puso en pie, y fue a sentarse en las rodillas de Elvis, y le besó en la boca.

—Hay un cocinero magnífico en la casa —dijo—. ¿Qué te gustaría cenar?

—Me da lo mismo. Te lo diré otra vez: no me gusta esto.

—¿Qué es lo que no le gusta? —Gruñó Crane.

Elvis lo miró, y Alice dijo:

—Se llama Tom Crane.

—¿Crane? —Frunció el ceño Elvis—. Me parece que Barry me

habló alguna vez de un tal Crane... No estoy seguro. ¿Conocía usted a Barry Shelly?

—Yo, sí —asintió Crane—. Y debo decirle que él nunca me habló de ningún amigo llamado Elvis.

—¿Y eso qué quiere decir? —Lo miró fríamente Elvis.

—No quiere decir nada —sonrió Alice—. ¿Verdad, Crane? Oh, vamos, estamos todos un poco nerviosos, y es natural, pero no debemos discutir por eso. ¿Quieres que te prepare algo de beber?

—Tomaría un *whisky* —gruñó Elvis.

Alice se dirigió al pequeño mueble-bar. Elvis se puso en pie, y se acercó a la ventana. Allí le llevó Alice el *whisky*, y Elvis estuvo bebiendo en silencio, mirando hacia el exterior. Ya era de noche.

Hermann Wartz entró en el saloncito media hora más tarde, portando un gran fajo de papeles, que depositó sobre una mesita, mirando a Alice.

—Aquí tiene esto.

Ella se acercó, tomó una página, la miró, y desvió la mirada vivamente hacia el hombrecillo.

—Pero... ¡esto está prácticamente ilegible! —protestó.

—Es todo lo que hemos podido conseguir. La fotocopia —dora no funciona bien. De todos modos, algo se puede leer, ¿no?

Alice fue mirando varios papeles antes de encararse de nuevo con Wartz.

—Sólo se pueden leer algunas palabras, parte de algunas frases...

—Pero usted, que es tan lista, debe tener suficiente, ¿no? —replicó Wartz, sarcástico.

—Wartz —le llamó la atención Elvis—; ¿quiere que le parta la cara?

Wartz palideció, y Crane frunció el ceño. Pero Alice disolvió rápidamente la tensión. —Creo que deberíamos cenar todos— propuso—. Y luego tú y yo nos retiraremos a mi dormitorio. Quizá podamos entender algo de todo esto, si lo examinamos los dos...

* * *

Cerca de la una de la madrugada, los dos se dieron por vencidos.

—Es imposible sacar nada en claro de todo esto —dijo Elvis.

—Bueno, mala suerte.

—Te lo diré otra vez: no me gusta.

—Están siguiendo a Michelángelo, ¿no es así? Sólo tenemos que llamar por la radio, y sabremos dónde está y qué hace en cualquier momento. Llamamos antes, y nos dijeron que habían visto salir el coche con Pierre y el jorobado. Haga lo que haga éste, lo sabremos, está en todo momento bajo control... Y sin embargo, tienes razón: hay algo que a mí tampoco acaba de gustarme.

—Vaya, menos mal. ¿Llamamos para que detengan a ese...?

—No. ¿Qué puede hacer? Sólo se trata de cruzar la frontera escondido en el asiento de un coche, y luego llevar un montón de folios mecanografiados en inglés a una reunión... ¿Qué puede hacer, que no sea eso? Lo tenemos bajo control, tenemos aquí a Crane, de modo que podemos obligarle a decir dónde están los prisioneros en cuanto queramos... Lo tenemos todo controlado. ¿Por qué no dejar que Michelángelo siga adelante?

—Porque ni a ti ni a mí nos gusta esto. Y sabes perfectamente que no solemos equivocarnos.

—Pero, mi amor: ¿y si esta vez sí nos estuviésemos equivocando? ¿Por qué no? Nadie es infalible, ni siquiera nosotros... ¿Por qué no admitir la posibilidad de la auténtica existencia de algo tan hermoso como el Plan Total de Armonía Mundial?

—Eres una soñadora... ¡Y una ilusa! ¿Sabes lo que tendríamos que hacer? ¿Lo sabes?

—Me parece que sí —suspiró Alice—. Tendríamos que avisar para que atrapasen a Michelángelo, quitarle ese plan, estudiarlo y decidir nosotros si merecía seguir su curso. Y tendríamos que darles un susto a Wartz y a Crane, y obligar a éste a que nos llevase a donde están los prisioneros, liberarlos, y preguntarles por ese plan... ¿Es eso?

—Exactamente.

—Estás cansado, ¿verdad?

—Sí.

—Vamos a descansar unas horas —murmuró la rubia—. Tenemos tiempo de hacerlo, y cuando estemos los dos descansados tomaremos la decisión definitiva. ¿Sí, mi amor?

—Eso me gusta más —asintió Elvis—. Y me gusta más porque sé

que nuestra decisión sólo puede ser una: parar ya todo este absurdo engranaje.

—No sé, no —movió la cabeza ella—. ¡Sería tan hermoso! Bien, durmamos un poco.

Se desnudaron, se metieron en la cama, Alice descansó su cabeza en un hombro de Elvis, y segundos después dormía profundamente.

CAPÍTULO IX

Y de pronto, abrió los ojos.

Se sentó en la cama...

—Vuelve a tenderte —oyó el susurro de Elvis.

Volvió la cabeza, y vio el brillo de sus ojos. Por la entreabierta ventana entraba un fresco ligero, agradable, y un leve resplandor lunar..., que no sólo hacía relucir los ojos de Elvis, sino la pistola que empuñaba en la mano derecha...

El ligero ruidito se repitió, y la mirada de Alice saltó hacia donde estaba la puerta del dormitorio. Acto seguido, sin más comentarios, se tendió de nuevo, pero no ya descansando sobre el hombro de Elvis, sino junto a éste. Dobló el brazo, metió la mano bajo la almohada y asió, silenciosa, su pistolita.

El ruidito se repitió una vez más.

Y de pronto, la puerta, que ya veía bastante bien, se separó del marco, se abrió un poco hacia dentro. Los ojos de Alice se habían acostumbrado rápidamente a la semipenumbra. Lo suficiente para distinguir las dos figuras que aparecieron, que entraron silenciosamente una tras otra en el dormitorio. Lo suficiente para captar el brillo de las pistolas... Alice entornó los párpados, para que el resplandor levísimo de la luna no se reflejase en sus ojos, delatando su estado de vigilia. Y sabía perfectamente que Elvis había hecho lo mismo.

Pese a esto, distinguía ahora perfectamente las figuras, sabía quiénes eran: Tom Crane y Hermann Wartz.

¡Qué tonta había sido! Aunque no: tonta, no. Sólo había tenido la esperanza de que, realmente, Michelángelo y su gente hubiesen estado luchando por algo hermoso. Pero no. No. Realmente, la gente era un asco... Empezando, por supuesto, por Michelángelo...

—No mates a Wartz —dijo de pronto Alice.

Entre la puerta y la cama, ya muy cerca de ésta, se oyó la doble exclamación, el doble respingo. La escasa luz se reflejó en las armas que comenzaron a moverse rápidamente.

Plop, plop.

Plof.

Crane lanzó un ronco bramido, y saltó violentamente hacia atrás, con las dos balas disparadas por Elvis metidas en el corazón. El disparo efectuado por Alice acertó a Wartz en un lado del pecho, lo hizo girar y caer de bruces.

Y casi simultáneamente, Elvis y Alice se movían. Elvis saltó de la cama, en dirección adonde había caído Wartz, y todavía no había llegado junto al hombrecillo cuando ya Alice había encendido la luz. El descalzo pie derecho de Elvis, duro como una roca, cayó sobre la mano derecha de Wartz, que se había revuelto e intentado alzar la pistola, que saltó por fin de entre sus dedos, mientras la de Elvis le apuntaba a la cabeza.

Wartz se colocó el otro brazo ante los ojos, para protegerlos de la luz central del dormitorio, procedente de la lámpara que pendía del techo.

—No —gimió con voz estrangulada—. ¡No me matéis...!

Completamente desnuda, Alice salió de la cama y se acercó primero a Crane, al que examinó brevemente. Luego pareció olvidarlo, y fue a acucillarse junto a Wartz. Miró primero el manchurrón de sangre en su pecho, y luego apartó el brazo con el que el herido se protegía los ojos.

—¿Cuál es la jugada, Wartz? —preguntó.

—La verdadera —apoyó Elvis la pregunta.

Sorprendentemente, Wartz se echó a reír. Elvis y Alice cambiaron una mirada de leve desconcierto, y la volvieron a fijar en el herido, que seguía riendo... El instinto guió la reacción de Alice, su mirada hacia la puerta.

—¡Elvis! —gritó.

En realidad, él ya estaba girando hacia la puerta, y se puede decir que ya estaba apretando de nuevo el gatillo de su pistola.

En la puerta, el cocinero, último hombre del grupo de Michelángelo en la casa, se sobresaltó muchísimo cuando la sorpresa falló, y se precipitó al disparar. Su bala pasó rugiendo por

encima de la cabeza de Elvis, mientras la disparada por éste impactaba en el ojo derecho del hombre, reventándolo, y salía por la parte posterior de la cabeza, lanzando un brochazo de sangre hacia el pasillo, en el cual cayó fuertemente, de espaldas.

Elvis se acercó rápidamente, y saltó hacia el pasillo, preparado para disparar de nuevo..., pero ya no era necesario. No había nadie más en la casa, realmente. La gran mansión estaba silenciosa, a oscuras, excepto la luz en el dormitorio de Elvis y Alice. Elvis regresó al interior del dormitorio, en silencio, y Alice, comprendiendo, dedicó de nuevo su atención a Wartz, cuya respiración era ronca, difícil.

—Wartz, ¿qué sucede en realidad? —insistió Alice.

—Usted..., usted dijo... que yo era... in... insignificante, y... y... pronto... pronto se dará cuenta de... de... de lo muy equivo... equivocada... que estaba... ¡Muy equivocada!

—¿Porqué?

Wartz volvió a reír, pero, de pronto, la risa se le truncó, debido al tremendo borbotón de sangre que salió impetuosamente por su crispada boca. Alice cayó sentada al suelo un metro más allá, tal fue el salto que dio para evitar aquel chorro de sangre. Se quedó sentada unos segundos, mirando los desorbitados ojos de Wartz, que había quedado con la cabeza ladeada hacia ella, como mirándola.

—Sigo pensando que eras insignificante —murmuró Alice—. Yo nunca me equivoco... O casi nunca.

Elvis la miró, y comenzó a decir:

—Tenemos que llamar para que...

Entonces comenzó a sonar el timbre. No, no era un timbre. Era como... una campanilla. Como una campanilla, exactamente. Las miradas de ambos se dirigieron hacia el teléfono que había sobre la mesita de noche del lado donde había estado durmiendo Elvis. El sonido volvía a oírse: ti-lin-ti-lin-ti-lin...

—Es una llamada interior —susurró Alice—. Alguien está haciendo girar el disco de otro aparato conectado a esta misma línea, para llamar la atención. Está pidiendo contacto. Debe haber alguien más en esta casa, oculto en cualquier lugar de ella... y quiere saber si Crane y Wartz nos han matado.

El sonido de campanillas volvía a sonar. No cabía duda: alguien estaba haciendo girar el disco de otro aparato de la misma línea que

debía tener un teléfono central y varios supletorios distribuidos por las distintas dependencias de la casa. Hacía girar el disco, se oía aquel sonido de campanillas, y así, en los demás teléfonos sus usuarios sabían que quería hablar con ellos alguien que estaba en la misma casa...

—En la casa, no —negó Elvis.

—No —admitió Alice—. Habría oído algo, y además, si no está aquí arriba, no sabría que ya han intentado hacerlo. Si lo sabe, es porque..., porque..., ¡porque ha visto la luz encendida! ¡Pero no desde dentro de la casa! Y sigue llamando... ¡No contestes antes de veinte segundos! ¡O entreténlo como sea!

—¡Vuelve aquí! —gritó Elvis, tras fallar en su intento de sujetar a Alice cuando ésta pasó por su lado corriendo hacia la puerta—. ¡Vuelve aquí...!

Pero Alice no le hizo el menor caso, y se lanzó escaleras abajo, hacia el vestíbulo, reluciente su dorado cuerpo desnudo en la oscuridad. Elvis vaciló un instante mirando el teléfono, pero al fin hizo un gesto entre desdeñoso y furioso, y se lanzó en pos de Alice, a la que alcanzó cuando salía de la casa por la parte de atrás. Ella le miró, pero no dijo nada. No valía la pena discutir.

Desnudos los dos, corrieron hacia el bosquecillo de pinos, se metieron entre éstos y, sin necesidad de indicación alguna, se dirigieron hacia donde estaba el pequeño pabellón. Llegaron junto a éste por un lado, y apenas se habían detenido cuando oyeron el chasquido de la puerta. Los dos a la vez se asomaron por la esquina, extendiendo el brazo armado y, mientras Alice lanzaba una exclamación de asombro, Elvis ordenaba secamente:

—Quieto ahí, jorobado.

Ante la puerta de la casa también se oyó una exclamación, y el hombre que había salido a toda prisa se detuvo en seco, casi cayendo hacia delante. Luego, volvió su contrahecha figura hacia la esquina donde había sonado la voz de Elvis.

—¡Michelángelo! —exclamó Alice—. Pero... ¿qué hace aquí?

—Olvidé algo, y he vuelto a buscarlo —dijo con voz tensa el jorobado.

—Ponga las manos sobre la cabeza —ordenó Elvis.

—Pero...

—¡Haga lo que le digo!

Michelángelo obedeció, y Elvis se acercó, y lo cacheó rápidamente. No llevaba arma alguna. Junto a ellos, Alice lo miraba con desconcierto todavía, parpadeando lentamente, como si no comprendiese.

—¿Qué olvidó? —preguntó Elvis de pronto.

—Unos..., unos papeles.

—Mentira. Si hubiese olvidado algo, si hubiese vuelto usted a la casa, nos habrían avisado. Lo que significa que usted no salió de esta casa. Vino al pabellón, se metió dentro y ya no salió... Sin embargo, nos dijeron que el jorobado había salido...

—Salí y volví, ya se lo he dicho. ¡No tengo la culpa si sus amigos no me han visto!

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó Elvis.

—No, nadie.

Elvis empujó la puerta del pabellón, buscó el interruptor de la luz y la encendió. Echó un vistazo alrededor, y luego volvió la cabeza.

—Entrad —dijo.

Michelángelo y Alice entraron. Inmediatamente, Alice comprendió qué era lo que Elvis quería que ella viese. Lo primero que llamaba la atención eran las contraventanas pintadas de negro que cegaban las ventanas, de modo que cuando Elvis, lentamente, cerró la puerta, no debió salir al exterior ni el más fino rayo de luz. Luego, estaba la emisora. Lo demás, que efectivamente parecía componer un despacho, no ofrecía particular interés..., aparte de la fotocopidora que, por cierto, no estaba polvorienta. Nada allí estaba polvoriento. Elvis se acercó a la fotocopidora, buscó una página de periódico y la colocó sobre el cristal. Luego, la hizo funcionar.

Cuando Alice tuvo en sus manos la fotocopia no se sorprendió demasiado al ver la nitidez de la impresión conseguida. Es decir, que a ella le habían dado unas fotocopias del PTAM estropeadas deliberadamente.

Miró a Michelángelo.

—¿Dónde está Pierre? ¿Y el coche? ¿Y el portafolios?

—Todo está a poca distancia de aquí... Todo está en el coche, Pierre me está esperando...

—Enséñeme los papeles que vino a recoger, los que olvidó.

Michelángelo se pasó la lengua por los labios, y no se movió. Elvis se acercó a él, y comenzó a registrarlo, ahora más a fondo. La situación era grotesca: un hombre y una mujer hermosos, completamente desnudos, pero armados de pistolas... y un jorobado vestido, metidos en un pabellón-oficina donde había una emisora y cuyas ventanas estaban cegadas con contraventanas pintadas de negro...

—No lleva encima ningunos papeles —dijo Elvis.

—Es decir, que no salió de aquí... Ha estado aquí todo el tiempo. Pero entonces..., ¿quién es el jorobado que vieron en el coche?

—Ya les digo que fui yo —insistió Michelángelo—. Escuchen, si ustedes...

—Escuche usted —dijo sosegadamente Elvis—. Y escuche bien, porque no soy hombre de muchas palabras... No me gustaría ensañarme con una persona de sus condiciones físicas, pero le aseguro que lo voy a hacer pedazos si persiste en su actitud. Queremos la verdad. ¿Lo ha entendido bien?

—Le aseguro que está hablando en serio —dijo también muy seria Alice—. El nunca bromea, Michelángelo. O casi nunca... Pero no creo que haya escogido esta ocasión para hacerlo. No, no lo creo. Si dice que va a hacerlo pedazos, lo hará.

Michelángelo permaneció silencioso. Elvis dio un paso hacia él, pero Alice le contuvo con un gesto.

—Espera. Vamos a darle unos minutos para que reflexione. Voy a la casa, a buscar nuestras ropas y la radio. Si cuando vuelvo persiste en su actitud, él se lo habrá buscado.

Alice salió del pabellón, cerrando la puerta. Elvis se quedó mirando a Michelángelo, ambos silenciosos. Apenas había transcurrido un minuto de la marcha de Alice cuando el teléfono que había sobre la mesa de despacho comenzó a sonar: ti-lin-ti-lin-ti-lin, como unas campanillas. Elvis lo miró, miró de nuevo a Michelángelo, y apretó los labios.

Dos minutos más tarde, regresó Alice, todavía desnuda, con las ropas de ella y de Elvis.

—¿Sonó el teléfono? —preguntó.

—Sí —asintió Elvis—. Fue él quien desde aquí quería contacto con Wartz, para saber si nos habían matado ya, puesto que vio

encendida la luz de nuestro dormitorio. Este teléfono es un supletorio del central de la casa.

Alice asintió, en silencio. Se vistieron los dos. Entonces, Alice recurrió a su pequeña radio.

—Adelante —sonó la voz masculina.

—Michelángelo está aquí —dijo Alice.

—¿Cómo que está aquí? ¿Dónde?

—Aquí, en la casa desde la que les llamo.

—¡Imposible! Está camino de Suiza...

—Está aquí, ante mis ojos. Quiero saber por qué, quiero saber qué ha pasado. ¡Y pronto! Llamen por la emisora grande, la del coche, y obtengan esa información *ahora*.

—De acuerdo. Pero es imposible. El jorobado está camino de Suiza, y bien controlado. Alice cerró la radio. No valía la pena hablar más. No ella, al menos. Miró a Michelángelo, y murmuró:

—Empieza con él.

—No, esperen —jadeó Michelángelo—. ¡No podría soportar la violencia! ¡No podría! Prefiero que me maten.

—Quizá lo hagamos —asintió Elvis—, pero le aseguro que antes lo va a pasar muy mal si no nos explica todo el asunto. Ya quisimos conservar con vida a Wartz, pero debió de moverse de modo diferente a como ella esperaba, y le acertó demasiado bien. Sólo nos queda usted, y le aseguro que lo vamos a aprovechar.

—¡Es que me matarán de todos modos...!

—¿Quiénes?

—Ellos... ¡Ellos! Aunque hiciese un trato con ustedes, ellos me matarían. O quizá fuese peor, quizá me capturasen con vida...

—*Nosotros* le hemos capturado con vida —dijo Alice—. Y dudo mucho que «ellos» pudieran hacerle pasar peor rato que nosotros.

—No... ¡No lo soportaría! ¡No me lastimen, no me hagan daño, mi cuerpo es muy frágil...! ¡Soy un pobre jorobado!

Elvis y Alice cambiaron una mirada. Elvis fue implacable:

—Tiene tres segundos para comenzar a hablar. Uno, d...

—¡Sí, se lo diré todo! Pero... tiene que jurarme que luego me matarán.

—Querrá decir —se sorprendió Alice— que luego quiere que lo dejemos marchar en libertad.

—No, no... ¡Ellos me encontrarían, y me...! ¡No! Les voy a decir

todo lo que sé, pero a condición de que no me lastimen, y de que me maten. ¡Júrenme que me matarán!

—Si ése es su gusto... —dijo Elvis.

—Lo haremos —asintió Alice—. Suponiendo que cuando haya terminado de hablar insista en esa locura. Bien... Le escuchamos.

—Todo es obra de un grupo de extremistas libaneses —tembló la voz de Michelángelo— Me ofrecieron una gran cantidad de dinero por convertirme en la cabeza visible de su plan..., que no es el Plan Total de Armonía Mundial, desde luego. Me buscaron a mí porque soy jorobado, precisamente. Bien, primero tenía que capturar a varios personajes importantes, para que cuando dijera que les había utilizado para elaborar el PTAM todo fuese verosímil, y me recibieran en la sede de la ONU en Ginebra. Sólo que no es cierto que exista tal plan, ni es cierto que en el edificio de la ONU vaya a entrar un jorobado llevando el PTAM en un portafolios.

—¿Qué llevaría en el portafolios? ¿Armas?

—No, no. Papeles más o menos creíbles, ya que mi doble...

—¿Su doble? Acaba de decir que no sería un jorobado el que entraría en el edificio de la ONU, ¿no?

—*Parecería* un jorobado. Pero la verdad sería que dentro de la falsa joroba llevaría una enorme carga explosiva con un detonador con mando a distancia. Cuando estuviese reunido con todos los gobernantes que creerían hallarse ante el promotor del plan, mi doble pediría ir a los servicios, o algo así. Allí se quitaría la joroba, es decir, la carga explosiva, y la dejaría lista para ser accionado el detonador a distancia. Saldría de los servicios tras cambiar de aspecto, y se marcharía. Pero estaba previsto que se diesen cuenta, en cuyo caso él tenía que echar a correr mientras, por medio de un emisor de corto alcance oculto en un bolígrafo, avisaría de que la carga estaba colocada, y que él escapaba como podía... En un caso o en otro, la carga estallaría, y todos los gobernantes que hubiesen acudido a la conferencia morirían, todo el piso explotaría, el edificio sería destrozado en muy buena parte...

—Pero ¿por qué? —Casi gritó Alice.

—Ese grupo de extremistas libaneses dijeron que están hartos de la jugada suiza de provocar una guerra en su país, en el Líbano, de modo que les iban a devolver la jugada...

—¿Está loco? ¿Quiere decir que esa gente cree que Suiza ha

provocado esa estúpida guerra en el Líbano?

—Suiza, no; los banqueros suizos, celosos de la importancia cada día mayor que iban adquiriendo los Bancos de Beirut para atraer capital clandestino, oro, toda clase de valores... El grupo que me contrató piensa que esa guerra en el Líbano es una maniobra de la banca suiza, para que todos los que tenían dinero en Beirut lo retirasen y volviesen a utilizar los Bancos suizos, como en efecto así ha sucedido... Así pues, decidieron dar una lección a los suizos y a toda Europa, por no apoyar la paz en el Líbano de un modo honesto, directo y decidido. Y esa lección consistía en la voladura de parte del edificio de la ONU en Ginebra, y la muerte de varios gobernantes europeos...

—Pero ¿qué tienen que ver esos gobernantes europeos con lo que ese grupo extremista libanés crea respecto a los banqueros suizos? —Casi gritó de nuevo Alice.

—La muerte de esos gobernantes ocasionaría una gran perturbación en toda Europa, que podría dar lugar, incluso, a una guerra en este continente. Y eso es lo que quiere el grupo extremista libanés: ¡Una guerra europea, para que los europeos sientan la guerra en sus propias carnes, y se olviden de Líbano, y del Oriente Medio!

—Por Dios... ¡Por Dios, esa gente está loca! ¿Dónde están, cómo podemos encontrarlos?

—Están en un pesquero llamado *Le Midi*, surto en el puerto de Marsella.

—¿Y los prisioneros?

—También están en el pesquero.

—No es cierto. Sé muy bien que los prisioneros fueron trasladados a un yate.

—Sí, pero ese yate cambió de nombre, fue a Marsella, y allí se hizo el traslado definitivo de los prisioneros. Están todos en el pesquero llamado *Le Midi*.

—¿Y qué piensan hacer con ellos cuando todo haya terminado?

—Matarlos. Será otro motivo más de discordia en Europa, ya que los hay de varias nacionalidades.

Alice lanzó un gemido, y se pasó la mano por los rubios cabellos, con gesto de desespero. Elvis se encaró con Michelángelo, señalando la radio, la emisora.

—Había aquí uno de esos hombres, ¿no es cierto? Durante todo el tiempo, ha habido aquí otro empleado de los libaneses extremistas, atendiendo la radio, y sirviendo de intermediario entre usted y ese grupo. Y fue ese hombre el que salió de aquí en lugar de usted, con la carga colocada en la joroba, ya de noche, para que si alguien vigilaba sólo viese a un jorobado, y asunto concluido. ¿Cierto?

—Sí... Cierto.

—Y ahora, ese hombre está camino de Ginebra, para entrar en la sede de la ONU y colocar la carga en el momento oportuno. ¿Es así?

—Sí... Exacto. ¿Puedo..., puedo sentarme?

Se quedaron mirándolo los dos. Por fin, Alice señaló una silla que estaba cerca de Michelángelo, y éste se sentó, con gesto derrotado, inclinándose hacia delante, de modo que sus codos se apoyaron en sus rodillas. Todavía estuvieron Elvis y Alice contemplándole unos segundos. Por fin, Alice recurrió de nuevo a la radio.

—Adelante.

—Soy...

—¡Ah, íbamos a llamarla ahora mismo! Usted dirá lo que quiera, pero Michelángelo está camino de Ginebra. En estos momentos, se halla cerca de...

—Deténganlo. No es Michelángelo, sino un... aventurero poco menos que suicida, que pretende entrar en la ONU con una carga de explosivo en la falsa joroba. Deténganlo como sea..., pero sin acercarse demasiado a él; si le diese por hacer explotar esa carga haría una auténtica masacre. Córtenle el paso en un lugar donde la explosión posible no pueda causar daños. ¿Está claro?

—Está claro..., pero todavía no he salido de mi asombro. Pasaré la orden inmediatamente.

—Los personajes secuestrados están en un pesquero llamado *Le Midi*, surto en el puerto de Marsella. Y queda el tal Howitz, de Milán. A éste no importa cómo lo detengan, pero mucho cuidado cómo se las arreglan para apoderarse del pesquero *Le Midi*... ¿Green preferible que vayamos Elvis y yo?

—Si lo que trata de decir es que nos considera unos inútiles...

—No —sonrió crispadamente Alice—. Claro que no he querido decir eso. Sólo he querido decir que tengan mucho cuidado.

—Lo tendremos. ¿Qué más?

—Nada más. Concéntrense todos en Marsella, márchense de aquí.

—Bueno, entonces ponemos en marcha todo el mecanismo, ¿no?

—Ya tendría que estar en marcha.

Alice cerró la radio, y miró la emisora. Luego, su mirada se cruzó con la de Elvis, que miró enseguida a Michelángelo.

—¿Están esperando los del pesquero alguna llamada de usted?

—No... No... —Alzó la cabeza Michelángelo—. Todo estaba dicho ya.

—¿Qué reacción tendrían si usted llamase y diese a entender que sería conveniente soltar a los prisioneros, o algo parecido?

—¿Reacción? Usted está olvidando que soy yo quien recibe órdenes de ellos, no ellos de mí. No me harían caso, o me preguntarían si me había vuelto loco. Bien, esto ha terminado... Tenía una buena cantidad de dinero apartada para cuando se consiguiese todo el plan, y pensaba... Bueno, ¿qué más da? Evidentemente, no podré cumplir mis planes, mis hermosos proyectos. No, ya no podré, a menos...

—¿A menos...?

Michelángelo movió la cabeza con gesto de duda.

—A menos que ustedes muriesen ahora.

—No parece probable —dijo secamente Elvis.

—Entonces, me toca morir a mí... Oh, un momento, por favor; ¿puedo quitarme los zapatos? No es un capricho tonto, de veras. Es que no me gustaría morir con las botas puestas, como dicen en el cine. ¿Puedo quitármelos?

—Vamos, no sea estúpido —refunfuñó Alice—. No vamos a matarlo así, como si fuese una res. Eso aparte de que usted será más útil vivo que muerto. Por lo tanto, lo que vamos a hacer es atarlo a esa silla mientras esperamos noticias de nuestros amigos. Busca algo por aquí para atarlo, Elvis.

Diciendo esto, Alice guardó la pistola. Elvis vaciló, pero hizo lo mismo y miró alrededor, en busca de algo con que atar al jorobado, que miraba de uno a otra, al parecer irritado.

—Insisto en que me maten —gruñó—. Así que me voy a quitar los zapatos...

Se inclinó hacia delante, se quitó un zapato... Elvis, que lo

estaba mirando atentamente, sacó de pronto la pistola y disparó... La cabeza de Michelángelo reventó, en rojo y gris, de modo espeluznante, y el deforme cuerpo cayó hacia atrás empujando la silla. El zapato que se había quitado quedó en el suelo, tras rebotar. Alice miró a Elvis, miró de nuevo el zapato, y se acercó. Lo recogió, lo examinó brevemente y miró desconcertada a Elvis.

—Es un zapato normal —dijo.

—La silla también es normal —señaló Elvis.

Alice miró hacia la volcada silla. Y sólo entonces vio, adherida al fondo del asiento por medio de unos ganchos, la pistola automática. Movi6 la cabeza, miró a Elvis y dijo, sonriendo:

—Sabía que nos estaba confiando... Pero habría jurado que el truco estaba en los zapatos.

ESTE ES EL FINAL

Cómodamente tumbado en el sofá de la *suite* alquilada en el hotel Excelsior de Cannes, Elvis terminó de dictar el informe para Control Central de la Www.

Todo había terminado. Y bien. Los prisioneros habían sido rescatados por los compañeros en misión volante; el grupo de extremistas libaneses había sido desarticulado completamente, algunos muertos, otros prisioneros; el hombre que llevaba la carga explosiva hacia Ginebra había muerto convertido en picadillo, al resistirse a entregarse cuando le fue dado el alto en plena carretera, al amanecer; los compañeros de la Www habían tenido que disparar, y muy pronto comprendieron las instrucciones de Alice respecto a las precauciones a adoptar cuando el coche en el que iba el jorobado estalló como una gigantesca bomba... Ni siquiera Howitz, el sujeto de Milán, se había escapado... y una masacre terrible de gobernantes y diplomáticos en general, y una posible guerra europea, habían sido evitadas.

No estaba mal.

Hasta cierto punto, claro, porque de todos modos, inevitablemente, había hecho aparición la insaciable muerte...

Bueno, aquello había terminado. Así pues, lo que había que hacer era cerrar la compuerta de los recuerdos. Fin del caso. No va más.

Elvis retiró la cassette del pequeño magnetófono, la metió en un sobre y lo dejó sobre el sofá. Al día siguiente, uno de los muchachos volantes de la Watch Wide World lo recogería, y lo llevaría directamente y personalmente a Control Central. Punto final.

Satisfecho, Elvis pasó al dormitorio, que estaba a oscuras. ¡Vaya...! ¡Alice se había quedado dormida, seguro! Al resplandor de

la luz de la salita, la vio en la cama, tendida boca arriba y con un libro caído sobre su pecho. Sí, señor; se había sentido cansada, se había relajado leyendo, había tenido el tiempo justo de apagar la luz, y... ¡buenas noches, dulce corazón!

Paciencia. Elvis optó por no molestarla, así que se introdujo sigilosamente en la cama...

—¿Ya has terminado? —Oyó la voz de Alice.

—Ah, ¿estás despierta? Creí que te había entrado sueño leyendo, y...

—Todo lo contrario —se abrazó ella a él, acercando la boca a su oído—. El libro que estaba leyendo es el *Kamasutra*...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] BND: Bundesnachrichtendienst, Agencia de información de Alemania Oriental. La

Haupt-

es su sección operacional. < <